NUMERO ESPECIAL

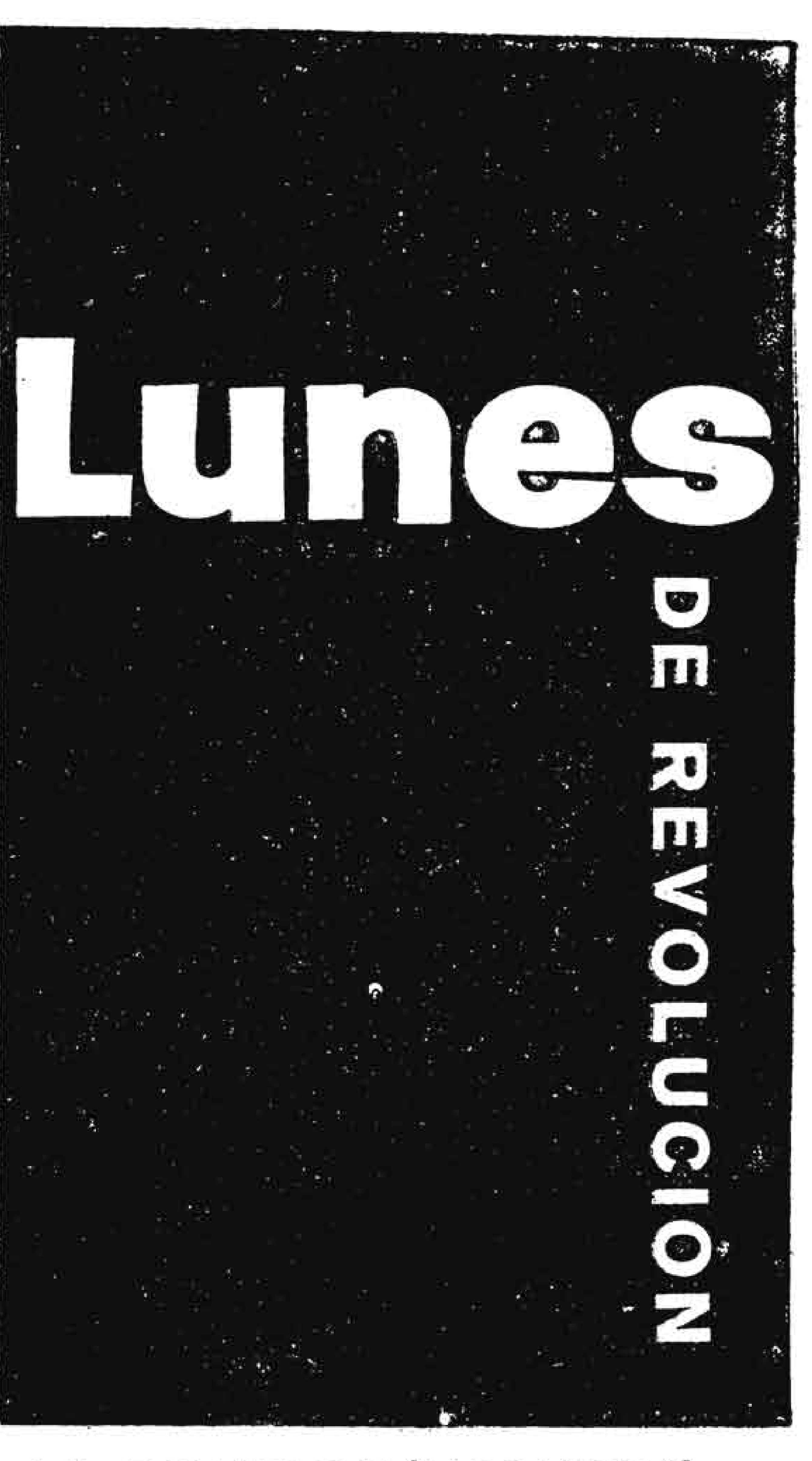


DEDICADO A LA CLASE OBRERA

gurarles lo que ustu
ren por muchos años
la vida, no sólo la c
sino la de sus hijos, p
que nuestros hijos
desgraciados como no
queremos que dentro
años veamos a nues
tan desesperados com
cesita para la buen
de la economía y d
Reitero que la clas
dora si en el período
rra ayudó a la Revol
todo lo que fue nece
seguía ayudando y re
a los hombres que es
a los destinos de la
del Gobierno. Y que
ficiente para echar
malsanos propósitos
juegan a la contrar
HABLA EL MINIS
TRABAJO
Expresó el ministr
bajo, CP Manuel
xado discrepar pero
haré nunca es pa-
anta de un grupo de
a engañar a nadie.
uivocarme Todos los
estamos expuestos a
nos Con más razón
uivocarme puesto que
reces he tenido que
variados y distin-
la tarea me ha obli-
pinar sobre tan dis-
estiones, pero lo que
nunca es decir algo
e lo que pienso por
azón
con moral para ha-

Jueves, Abril 30 de 1959

7



)cientes, sin embar-
camos, precisamente
rovocar lo que ellas
o sea, posible inter-
or parte de la Can-
rteamericana.
llos gozan de esas
se aprovechan de las
ero para el mes de
las ventajas serán
entonces no podrán
lo que nosotros que-
pedir.
R PARA CUANDO
OS LAS VENTAJAS
no quiero decir que
onen las demandas,
idas hay que soste-
seis por ciento, las
s, las plazas amor-
c, lo que hay es que
s demandas para
sotros tengamos las

ereses que se creen
rosos que el interés
blo entero. Hay que
e la Revolución sa-
está haciendo y que
a lejos como sea ne-
que llegará no cuan-
crean, sino cuando
reamos que debemos

s males del campe-
resolverán con una
ndamental. Esta me-
lamental es la Re-
raria. La Reforma

ALEMANIA 1918: UNA REVOLUCION QUE NO LLEGO A SERLO
por Sergio A. Rigol

Trayectoria Histórica del Libertarismo
por Marcelo Salinas

La Condición Obrera
por *SIMONE WEIL*

LA POLITICA 'MARXISTA'
por Henri Lefebvre

APUNTES SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO CRISTIANO
por Emilio Máspero

LA CLASE OBRERA EN EL TEATRO
por Rine R. Leal

La Gran Soledad del Español
por NIVARIA TEJERA

"Lunes de Revolución" dedica este número extraordinario del Primero de Mayo a la clase obrera cubana y al proletariado de todos los países.

La relación entre intelectuales y obreros s eremonta a los orígenes mismos de la clase proletaria. Fueron intelectuales —en el más amplio sentido y en el menos arrogante de la palabra—, pensadores políticos, poetas, novelistas, filósofos, quienes primero advirtieron la aparición en Europa de este nuevo tipo de hombre, el obrero industrial moderno.

Algunos de los más grandes escritores del siglo XIX —Dickens, Víctor Hugo— denunciaron las atroces condiciones de trabajo y de vida que el capitalismo naciente infligía a los obreros. Otros, reformadores sociales, revolucionarios, filósofos de la política, fundadores del "socialismo" —desde William Godwin, Tom Paine y Babeuf, Saint-Simón, Fourier, Owen, Proudhon, Louis Blanc, Auguste Blanqui, la extraordinaria Flora Tristán, hasta Marx y Engels— ayudaron a la clase obrera a tomar conciencia de sí misma, de sus intereses de clase, del alcance de su misión histórica. Hicieron posible que el nuevo hombre se convirtiera en un "hombre nuevo", le ayudaron a cumplir ese segundo y esencial nacimiento, que los griegos creían necesario para alcanzar verdaderamente la propia identidad. Dejado a sí mismo, a su mera "espontaneidad", el proletariado acaso no habría rebasado la simple práctica sindicalista, "tradeunionista", no se hubiera convertido en una fuerza histórica decisiva, capaz de transformar al mundo.

Cada vez que la clase obrera ha peleado una batalla esencial —para sí misma y para la humanidad en general— los mejores entre los intelectuales vivientes han luchado junto a ella. Rimbaud en la Comuna de París, Maiacovski en Octubre, André Malraux y tantos otros en la Guerra Civil de España. Desde sus contradicciones, sus desgarramientos de conciencia, sus dudas y las vacilaciones de su lealtad, los más claros entre los creadores intelectuales de este siglo han entablado un diálogo difícil y emocionante con la clase obrera, le han ofrecido su esfuerzo y la han comprendido en su misión histórica irreemplazable, esencial. Han podido decirle: TU ES SALIS TERRAE.

En Cuba, el primer Congreso Obrero, en 1892, declaraba que "la clase trabajadora no se emancipará hasta que no abrace las ideas del socialismo revolucionario... que no puede venir a ser un obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo". Los miembros de ese Congreso advertían ya, con admirable clarividencia, la íntima y profunda relación entre la lucha de la clase obrera por su emancipación y la necesaria contienda por la liberación nacional de Cuba. Pero, obsérvese bien, los primeros diputados obreros cubanos señalan con toda claridad que ambas luchas, aunque conectadas, son diversas. Saben que la lucha por la emancipación nacional no puede abolir la lucha de clases, y la misión histórica propia, inalienable, del proletariado— que está inscrita en la realidad misma.

La posición de la clase obrera en un país subdesarrollado que pugna por alcanzar su liberación nacional es distinta, desde luego, a la que corresponde al proletariado de las grandes naciones capitalistas altamente desarrolladas. En los países atrasados la principal misión histórica es la liberación nacional, la lucha contra el imperialismo —sea el que fuere— que explota y oprime a la nación en conjunto. Los campesinos, la clase media, coinciden con el proletariado en esta empresa de la emancipación nacional. La misma clase capitalista "nacional", no ligada a los intereses de las grandes compañías extranjeras, ocupa un puesto importante en la revolución nacionalista, al lado de obreros y campesinos, profesionales y empleados, comerciantes y artesanos.

Esta colaboración no disipa los inevitables antagonismos, pero los somete a una jararquía que viene dictada por la realidad misma.

En Cuba, hoy, vivimos la primera Revolución Nacionalista de nuestra historia, que presenta grandes posibilidades de pleno éxito. Esta Revolución la han hecho los campesinos, los obreros, los hombres de las clases medias, la clase obrera intervino decisivamente —lo ha proclamado así el propio Fidel Castro— con la gran huelga general del primero de enero de este año, que desbarató los planes que ya se desenvolvían para frustrar la Revolución. "Lunes de Revolución" no resiste la tentación de abrumar con todo su desprecio al pedante reaccionario que osó negar, hace algún tiempo, el papel importantísimo, decisivo, de la clase obrera en la Revolución cubana.

En Cuba, intelectuales y obreros se encuentran de nuevo en la lucha común por el triunfo de la Revolución, por la plena y cabal liberación de nuestro país. En este esfuerzo ninguna exclusión, ninguna división pueden ser toleradas. Constituirían un sabotaje a la Revolución, una maniobra para dificultar su cumplimiento. Los obreros, unidos, y los intelectuales —que no hace mucho manifestaron, de manera unánime, su apoyo a la Revolución— tienen ante sí una enorme tarea por realizar. Nadie puede decirle a un escritor, a un poeta, de qué modo concreto debe establecer su efectivo compromiso con la lucha fundamental de las grandes masas de su país. Pero no cabe duda que el intelectual que elude este contacto, que escapa a este compromiso, se falsea radicalmente, convierte su obra en algo gratuito y sin raíces, se transforma —más o menos rápidamente, más o menos ostensiblemente— en lo que suele llamarse un fantasma.

En cada momento hay que hacer —dijo Martí— lo que en cada momento es necesario. Ahora lo necesario, la tarea que se nos impone a todos los cubanos, intelectuales o trabajadores, es la realización, el cumplimiento de la Revolución.

Los trabajadores han demostrado, ampliamente, su voluntad y su sinceridad revolucionarias. Aunque muchos intelectuales cubanos, ahora y desde el comienzo de la República, lucharon y murieron al lado de las masas trabajadoras del país, no podríamos decir que los intelectuales cubanos, en conjunto, han estado siempre a la altura de su responsabilidad espiritual e histórica. Ahora se les ofrece —se nos ofrece— una oportunidad única de cumplir cabalmente su papel en la vida nacional, de situarse al nivel de su misión irrenunciable. Por todas partes vemos —o creemos ver— signos que nos permiten esperar que los intelectuales cubanos, integrándose por fin plenamente en la vida del pueblo, serán capaces, al mismo tiempo y por la misma razón, de crear una cultura en que la más alta calidad será condición de la definida y definitiva cubanía de sus manifestaciones.

UNA POSICION

LA CARTA DE AMIENS

Es una especie de brevísimo manifiesto del sindicalismo. Las influencias de Proudhon, de Bakunin, de Sorel, han confluido en este pensamiento que trata de mantenerse "al margen de la política" mientras tiende apasionadamente a la subversión del orden burgués capitalista. La CNT española, que tan brillante papel desempeñó en la lucha contra el fascismo, representa un buen ejemplo de organización sindicalista. La ocupación y administración de fábricas por los sindicatos en los primeros meses de la Guerra Civil española y, recientemente, al comienzo de la Revolución boliviana, son otros tantos casos de intentos de llevar a la práctica el programa sindicalista hasta sus últimas consecuencias.

Orden del día adoptada en el XV Congreso Nacional Corporativo realizado en Amiens del 8 al 16 de octubre de 1906.

El Congreso confederal de Amiens confirma el artículo 2o. constitutivo de la C. G. T.

La C. G. T. agrupa, al margen de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que sostener para la desaparición del asalariado y el patronato.

El Congreso considera que esta declaración es un reconocimiento de la lucha de clases que opone, sobre el terreno económico, la resistencia, de los trabajadores a todas las formas de explotación y de opresión, tanto materiales como morales, utilizadas por la clase capitalista contra la clase obrera;

El Congreso concreta, por los puntos siguientes, esta afirmación teórica: en la obra reinvindicadora cotidiana, el sindicalismo persigue la coordinación de los esfuerzos obreros, el aumento del bienestar de los trabajadores, por la realización de las mejoras inmediatas, tales como la disminución de las horas de trabajo, el aumento de los salarios, etc.

Pero este trabajo no es más que un aspecto de la obra del sindicalismo: prepara la emancipación integral que sólo puede realizarse por la expropiación capitalista; preconiza como medio de acción la huelga general y considera que el sindicato, hoy día grupo de resistencia, será en el porvenir el núcleo de la producción y de la distribución, base de la reorganización social:

El Congreso declara que esta doble tarea, cotidiana y de preparación del futuro se desprende de la situación de asalariados que pesa sobre la clase obrera y que hace para todos los trabajadores, cualesquiera que sean sus opiniones o sus tendencias políticas o filosóficas, un deber el pertenecer al grupo fundamental que representa el sindicato;

Como consecuencia, en lo que a los individuos se refiere, el Congreso afirma la entera libertad para el sindicato de participar, fuera del grupo corporativo, en las formas de lucha que corresponden a su concepción filosófica o política, limitándose a pedirle, en reciprocidad, no introduzca en el sindicato las opiniones que profesa fuera del mismo;

En lo que a las organizaciones se refiere, el Congreso decide que con el objeto de que el sindicalismo alcance el máximo de efecto, la acción económica debe ejercerse directamente contra el patronato, no teniendo las organizaciones confederadas, como asociaciones económicas, por qué preocuparse de partidos o sectas que, afuera y al margen, puedan perseguir con absoluta libertad la transformación social.

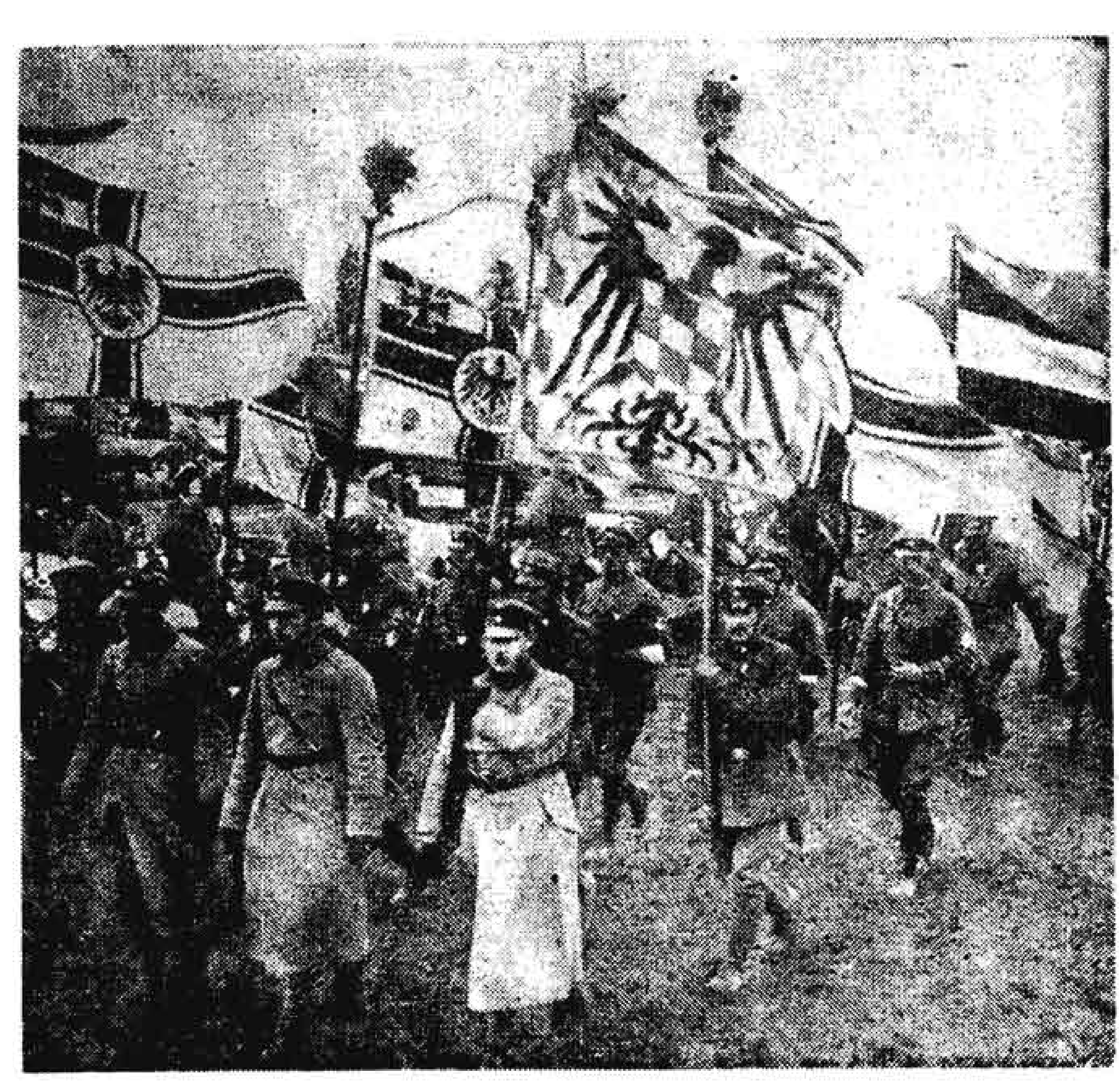


Guillermo II: Su derrota provocó la insurrección militar y el desbordamiento popular. En ese orden.

ALEMANIA 1918: UNA REVOLUCION QUE NO LLEGO A SERLO

Sergio A. Rigol nació en 1930 y es uno de nuestros más frecuentes colaboradores. Ha publicado varios ensayos sobre filosofía contemporánea e historia política europea del período "entre dos guerras" (1918-1939)

por Sergio A. Rigol



Los "Freikorps": La reacción estaba de nuevo en la calle.

Hacia la media noche del 15 de enero de 1919, un aterrorizado paseante halló el cadáver balaceado de un hombre en un claro del Tiergarten y lo trasladó a la "Morgue" de la Kurfürstendamm. Aproximadamente a la misma hora se detenían varios autos en el no lejano puente de Cornelio, algunos hombres uniformados extraían del primero un no muy voluminoso bulto y lo arrojaban a las aguas heladas del Sprec. Esos dos macabros acontecimientos marcaban la frustración y muerte de la que pudo haber sido la segunda gran revolución aurupea en poco más de un año: con los brutales asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo —consumados por oficiales de los llamados "cuerpos francos" y ante los que el gobierno socialdemócrata mostró toda su lamentable importancia— culminaba convulso período de violencia que se había tornado especialmente sangriento a partir de la insurrección espartaquista iniciada diez días antes.

El fracaso y la extinción del impulso revolucionario en Alemania fué de la mano con la declinación del partido socialdemócrata, iniciada precisamente en el momento de afrontar sus más graves responsabilidades históricas. No ya en enero de 1919 —cuando gravitaron hacia la reacción por tratar de preservar a ultranza un parlamentarismo aún no estrenado y que perecería justamente a manos de las mismas fuerzas en que se confió para aplastar a los más radicales sectores revolucionarios— sino en agosto de 1914, la socialdemocracia había sido derrotada antes de trabar combate: la II Internacional aniquiló la revolución alemana cuando votó en el Reichstag con las derechas y los moderados los créditos que Guillermo II exigía para poner en marcha la maquinaria bélica imperial.

Hacia el trágico verano de 1914, la socialdemocracia alemana tenía mucho más de gran empresa burocrática que de partido político capaz de asumir con firmeza su condición de heredero del grupo de hombres que conmovieron el absolutismo germánico en 1848. Marxista en teoría, el partido socialdemócrata se hallaba fácticamente presidido por una fuerte tendencia "reformista" inspirada en las objeciones doctrinales que Kautsky y Bernstein formularon al marxismo ortodoxo. A todo ello debe agregarse —si se quiere por lo menos entender la insólita actitud socialistas ante el estallido de la Gran Guerra— que la participación rusa en la contienda, desatada por la implacable maquinaria de los tratados internacionales, fué explotada hábilmente por el "chauvinismo" y los "señores de la guerra" para justificar la acción bélica alemana en términos de puro gesto defensivo ante la agresión rusa, que exigía la consiguiente "Burgfrieden" o "unión sagrada" de todos los alemanes para preservar al suelo patrio de la invasión eslava. La actitud de los teóricos del marxismo clásico también contribuía, por otra parte, a lanzar a la socialdemocracia por senderos belicistas: Bebel había declarado en 1891 que "si Rusia, movida por la crueldad y la barbarie enemigas de toda civilización, atacase a Alemania para desmembrarla y destruirla, nosotros resistiríamos al agresor con tanta decisión como las clases directoras de Alemania". Con tales palabras, Bebel no hacía sino interpretar fielmente las tésis de Marx y Engels, que sostenían desde 1948 que "el obrero europeo debía, inevitablemente, declarar guerra a muerte al imperio ruso". Empero, los socialdemócratas alemanes no escatimaron esfuerzos por acordar una acción conjunta con sus correligionarios franceses para evitar el conflicto en los días que siguieron al magnicidio de Sarajevo y presenciaron el desencadenamiento del complejo aparato de alianzas y tratados que pronto iba a tornar a Europa en campo de batalla. Un emisario del partido alemán —Hermann Müller, que presidiría un gabinete socialista quince años después— llegó a Paris para conferenciar con Jean Jaurés, pero tuvo que limitarse a hacerle guardia de honor al cadáver del caudillo socialista francés asesinado unas horas antes por un joven nacionalista. Al día siguiente se romperían las hostilidades entre Alemania y Francia.

Vientos de fronda agitaban a la representación socialista en el Reichstag. La mayoría —unos ochenta de un total de cien diputados— se pronunciaban en favor del asentimiento a los créditos de guerra que reclamaba Guillermo II y que, por otra parte, serían aprobados de un modo u otro, habida cuenta de que no hallaban oposición entre los diputados derechistas y moderados. Se trataba, pues, de una cuestión de conciencia más que de una decisión política, pero en ella iba envuelto nada menos que el destino del partido y, eventualmente, de la revolución alemana. Una minoría que acaudillaban Liebknecht, Haase y Ledebour, se oponía resueltamente a hacer posible la "sagrada unanimidad" con la que exigía el Kaiser se aprobase su solicitud de créditos bélicos por valor de 5,000 millones de marcos. En definitva triunfó la tésis mayoritaria y los socialistas dieron su asentimiento, con la sola excepción de Karl Liebknecht, cuya voz fué la única en dejarse oir en el Reichstag para oponerse a los designios del Kaiser y la casta militar. Bien pronto iban los socialistas a lamentar su decisión. Ya hacia fines de 1914 se había hecho ostensible que la "guerra defensiva contra la barbarié eslava" no era desde el principio sino la gran aventura militar por la que venía suspirando el neurótico Kaiser desde su juventud. Liebknecht comenzaba a agrupar adeptos en torno a su irreductible disidencia. En diciembre de 1914 el bloque parlamentario socialista presentó una moción de censura contra la guerra submarina total que auspiciaba el almirante Tirpitz, y la voz de Phillpp Scheidemann —uno de los más influyentes líderes del partido se alzó en el Reichstag para clamar por la paz. Los créditos bélicos de 1915 ya no se aprobaron sin la oposición de gran parte de la representación de las izquierdas.

Entretanto, Liebknecht apresuraba la secesión del grupo más radical de la socialdemocracia. Convertido en un verdadero apestado dentro del Reichstag, pocas veces se le concedía la palabra y sus declaraciones no se insertaban en el diario de sesiones ni en las reseñas periodísticas de éstas. La tésis de expulsarlo del parlamento —apoyada por no pocos socialistas de derecha— ganaba partidarios incesantemente. En mayo de 1915 se constituyó oficialmente un grupo disidente dentro de la socialdemocracia alemana: Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Mehring acaudillaron a los sectores más radicales del partido y los nuclearon en torno a "La Internacional", una efímera publicación que no superó el primer número, pero que sirvió para denominar al nuevo sector, bien pronto representado en el Reichstag por el propio Liebknecht y por Rühe, el único diputado socialista que lo siguió en la secesión. El "Grupo Internacional", que en el Reichstag a menudo coincidía con el núcleo moderadamente disidente dirigido por Haase, celebró su primer congreso en enero de 1916. Los asistentes acordaron publicar un periódico clandestino con el título de "Espartaco", que sería asimismo reconocido como el nombre del grupo hasta enero de 1919, en que se transformó oficialmente en Partido Comunista Alemán.

Los "espartaquistas" declaraban que "el proletariado no tenía otra patria que la Internacional socialista; los conceptos social-patrióticos que incitan a la defensa de la patria sólo sirven para confundir; el deber de cumplir las decisiones de la Internacional está por encima de todos los deberes que puedan fijar otras organizaciones, y la tarea del momento debe consistir en practicar la lucha de clases contra la guerra e imponer la paz por la voluntad de las masas".

El 1 de Mayo de 1916 hizo crisis la precaria posición de Liebknecht en el Reichstag. Ese día fué detenido y procesado por "conspirar contra la seguridad del estado e incitar a la rebelión". En efecto: el líder espartaquista había organizado y dirigido una nutrida manifestación en protesta por la continuación de la guerra

cuyo acto disolvió violentamente la policía berlinesa en la Potsdammer Platz. A Liebknecht sólo lo alcanzó una sentencia relativamente leve, porque los jueces se vieron intensamente presionados por una nutrida movilización popular: la huelga de los obreros de las usinas Krupp estuvo a punto de paralizar la producción de municiones que nutría a la artillería alemana en el frente occidental. Rosa Luxemburgo también fué encarcelada, pero —como el propio Liebknecht— se las ingenió para emitir y hacer circular profusa literatura clandestina desde su celda.

Junto a la oposición más o menos ilegal del grupo "Espartaco", también atacaba a la línea oficial de la socialdemocracia el grupo moderado que acaudillaba el binomio Kautsky-Haase y que inicialmente tomó el nombre de "Comunidad Obrera Socialista", cuyos esfuerzos por sumarse a los "espartaquistas" resultaron inútiles, visto que para Liebknecht y los suyos las vacilaciones de los "comunitarios" sólo servían para hacerle el juego a la alta dirigencia "oficial" de la socialdemocracia. Hacia mediados de 1917, la "Comunidad" se transformó en Partido Socialdemócrata Independiente, cuya representación parlamentaria se declaró en abierta oposición a la continuación de la guerra. Con el Imperio al borde de la derrota, el socialismo alemán se aproximaba a su gran hora histórica dividido en tres sectores enemigos, uno de ellos —los "espartaquistas"— formal y rigurosamente irreconciliable con los dos restantes. Con el fracaso de la desesperada ofensiva de Ludendorff, hacia el fin del verano de 1918 se hizo ostensible el desastre militar alemán: el imperio de los Hohenzollern se derrumbaba, aplastado por 2 millones de cadáveres. El empavorecido Guillermo II, confrontado al trágico destino de su real primo Nicolás II —fusilado con toda su familia en un oscuro sótano siberiano hacía escasamente un mes— comenzó a hallar súbitamente razonables las mínimas concesiones liberales que durante años en vano habían tratado de arrancarle a la autocracia prusiana los sectores menos reaccionarios del país. En días, casi en horas, el Imperio se llenaba como por arte de magia de fervorosos demócratas, a cuyo frente marchaba el en otros días tronitante y olímpico "Señor de la Guerra". Desde abril del propio 1918 se marchaba a paso de carga hacia la "parlamentarización" del imperio, para lo que se comenzó por liberalizar el obsoleto derecho electoral prusiano y, a lo menos en teoría, tomar muy en serio las directrices socialdemócratas en el Reichstag: los líderes de los partidos tradicionalmente reaccionarios —Nacionalistas liberales, Progresistas y Centristas católicos— se dieron con inusitada energía a apoyar las iniciativas de la izquierda parlamentaria en el sentido de llevar a cabo la reforma social y política contemplada en el programa mínimo de ésta.

El estupor universal llegó al colmo cuando Guillermo II condescendió a "consultar" al Reichstag antes de designar canciller al conde Hertling, que poco después cedía el paso a un prestigioso y nada "cortesano" aristócrata liberal, el príncipe Max de Baden. El nuevo canciller hizo constar de inmediato que sólo permanecía en el cargo si el Reichstag, incluídos los socialdemócratas, lo proveía de ministros: Max de Baden quería tener el honor de presidir el primer gabinete parlamentario de la historia alemana.

La iniciativa del príncipe Max fué acogida con graves reservas en el seno de la socialdemocracia. El imperio se hundía por minutos y no era cosa de verse arrastrado en su caída. En definitiva, se impuso la irrebatible tésis de Friederich Ebert: si se había luchado durante tanto tiempo por un gobierno parlamentario, no podía esperarse que la socialdemocracia lo imposibilitase negándose a integrarlo.

A principios de octubre de 1918 constituía Max de Baden un gobierno de unión nacional con el apoyo del Centro Católico, los Progresistas y los Socialdemócratas, los tres partidos que poco después integrarían la coalición republicana de Weimar. Los socialdemócratas creyeron llegada su hora de triunfo: burocratizados y "liberalizados" como estaban de hecho, ocurría con ellos que, pese a constituir de derecho una agrupación política revolucionaria, creían que su más alta misión se agotaba en lograr una previa democratización del imperio antes de propiciar el tránsito legal hacia un régimen parlamentario republicano.

Los acontecimientos se precipitaron en los primeros días de noviembre de 1918. El Kaiser abandonó Berlín el 29 de octubre para refugiarse en Spa, entre los que creía sus regimientos más fieles, en la absurda creencia de que su derrota militar no conllevaría la pérdida de su corona. Entre el 1 y el 4 de noviembre tuvo lugar la sublevación de los marinos en Kiel: las dotaciones de los buques surtos en la mayor base de la escuadra imperial enarbolaron la roja bandera de la revolución y, unidos a la población obrera del puerto y a no pocos soldados, libraron una encarnizada lucha de tres días contra los oficiales y los regimientos leales que sólo terminaría con la victoria popular y la proclamación del primer "Consejo de obreros y soldados", institución copiada de los "soviets" rusos que bien pronto proliferaría por toda Alemania en sustitución de las autoridades imperiales vencidas.

Una semana más tarde ya sólo subsistían unas pocas ciudades alemanas en que no hubiesen tomado el poder tales órganos de acción popular. La actitud de los núcleos extremos del socialismo alemán ante el hecho consumado de la revuelta militar y popular era rigurosamente contrapuesta. Los socialdemócratas aceptaban los "Consejos" como males menores y hechos consumados, pero no sin abrigar serias reservas en relación con ellos ni sin hacer resaltar su condición de puros "organismos semijurídicos de tránsito hacia la constitución del nuevo estado republicano". Los espartaquistas, en cambio, los aplaudían fervorosamente y veían en ellos el núcleo del estado socialista que propugnaban.

Ante lo caótico de la situación que vivía el país, los socialdemócratas le comunicaron a Max de Baden que se retirarían de la coalición el 8 de noviembre si para esa fecha aún no había abdicado el Kaiser. El canciller se comprometió a obtener del último Hohenzollern su resignación del mando —que a aquellas alturas sólo detentaba nominalmente— para propiciar el restablecimiento del orden y el cese de las hostilidades en el frente occidental. Los socialdemócratas no querían que se les escapase el poder en medio de aquella terrible confusión: ya iba siendo sobremanera peligrosa para ellos la actividad que desplegaban en Berlín los espartaquistas y los independientes.

El 9 de noviembre, ante las insuperables vacilaciones del Kaiser, la socialdemocracia proclamó en Berlín la huelga general, que en realidad ya estaba en



Karl Liebknecht: **Su muerte coincidió con el fracaso de la revolución**

marcha desde hacía varias horas, por lo menos en lo que a los sindicatos controlados por los espartaquistas e independientes concernía. Las tropas de la guarnición de la ciudad se concentraron prudentemente en los cuarteles, mientras en la línea del frente y zonas aledañas desertaban regimientos enteros: el ejército abandonaba a Guillermo II a ocho días de la defección de la flota. Se consumaba la agonía y muerte del Imperio.

En la tarde del mismo día 9, Max de Baden entregaba el poder a Friederich Ebert, anunciando asimismo por su cuenta y riesgo la abdicación del Kaiser, que aún permanecía en Spa sin decidirse a firmar el acta y que huiría hacia Holanda la madrugada siguiente. Mientras se desarrollaba el traspaso de poderes de Max de Baden a Ebert, alguien izaba una bandera roja en el cercano Palacio Real.

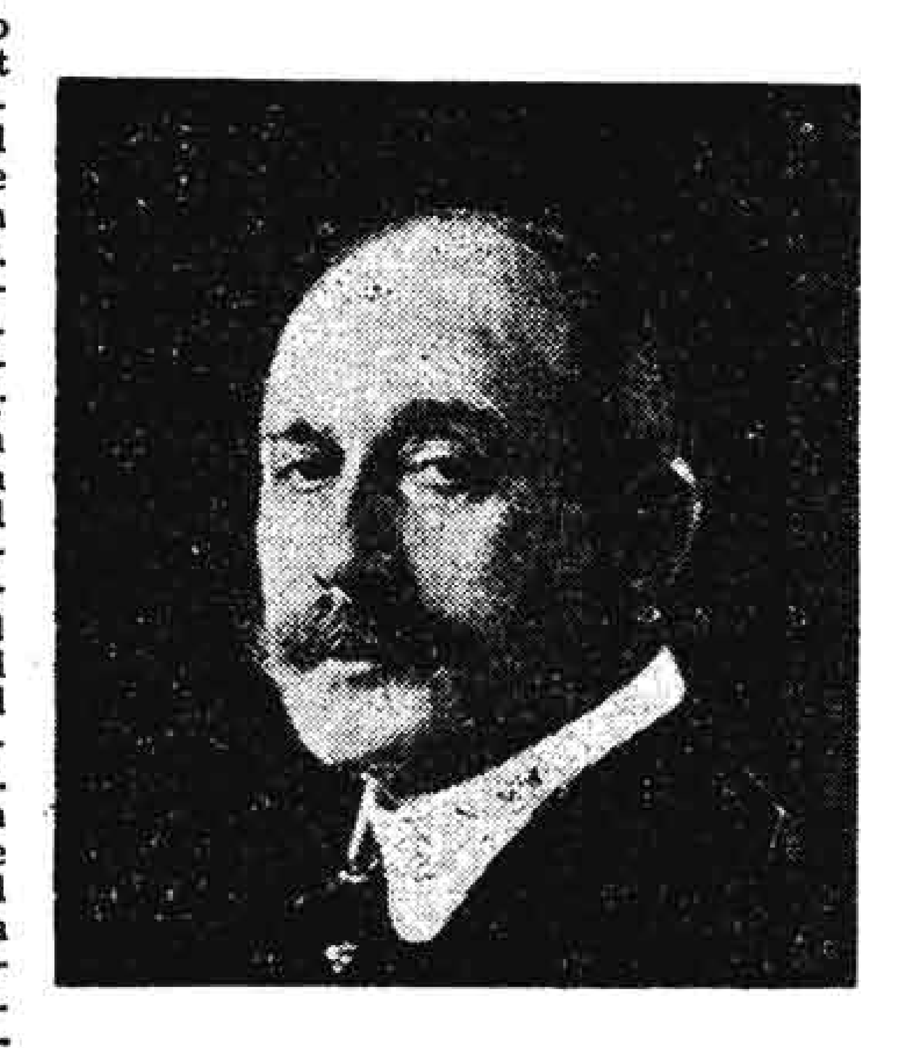
Las apelaciones de Ebert a la cordura se perdieron en el vacío: la multitud invadía la calle incontenibIemente. Unter den Linden y la Brandenburger Tor sobrepasadas, la gran oleada humana se desbordaba por los cuatro ámbitos de la Koenigsplatz, frente al edificio del Reichstag. La fina llovizna helada de noviembre calaba los gruesos cristales de las gafas de Philipp Scheidemann mientras éste anunciaba la constitución de un gobierno republicano presidido por Ebert y los vítores ahogaban sus voz. Pero no había que engañarse: aquella no era una verdadera revolución, ni jamás llegaría a serlo.

La llamada "Revolución de noviembre" no fue un real movimiento popular, sino una defección en masa de las fuerzas armadas en derrota a la que después se unió el desbordamiento popular: hubo apoyo del pueblo ante el levantamiento militar, pero no un verdadero estallido revolucionario promovido e iniciado por las masas como en el París de 1789, el propio Berlín de 1848 o el San Petersburgo de 1917. Los "Consejos de obreros y soldados" nunca rebasaron la condición de puros conatos o rudimentos de organismos revolucionarios populares, y lo que tuvieron de empuje renovador les fue hábilmente escamoteado por los socialdemócratas mayoritarios —los "socialistas del Kaiser", como los llamaba Liebknecht con ácido desprecio—, que supieron ingeniárselas para erigir una precaria república liberal con el apoyo de la reacción y la colaboración de la inconmovible burocracia y las intocables fuerzas armadas del imperio. Así, viciada de origen, nació la república alemana.

El mismo día 9, el recién liberado Liebknecht se dirigió a una gran multitud desde un balcón del Palacio Real: su lenguaje, violento e intransigente, excluía rigurosamente las plañideras apelaciones a la cordura y el "mantenimiento del orden" que no cesaba de emitir el nuevo gobierno republicano. Para Liebknecht se trataba de crear una dictadura popular, basada en los "Consejos" y no en el Parlamento, que fuese capaz de aliarse a la Rusia bolchevique para pasear en triunfo el socialismo por toda Europa. Esa noche, grupos "espartaquistas" armados atacaban la redacción del "Vorwaerts", el órgano oficial de la Socialdemocracia. Bien pronto acudía a defender el edificio el regimiento que hasta hacía unas horas le había servido de custodia al Palacio Real: el simbolismo de tal acontecimiento es sobremanera elocuente. Mejor suerte les cupo a los "espartaquistas" que asaltaron la redacción del diario conservador "Lokalanzeiger": el 10 de noviembre salió a la calle con el nuevo título de "Die Rote Fahne" (Bandera Roja), vocero del "Spartakusbund".

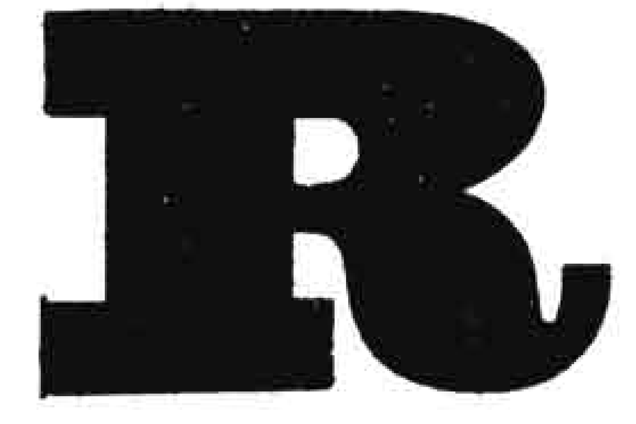
Los socialdemócratas se apresuraron en dar a la luz un manifiesto en que se daban a conocer las orientaciones del nuevo gobierno, formalmente opuestas a las que sostenían Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Podían resumirse en unos pocos puntos capitales: inmediata concertación del armisticio, rechazo de la dictadura de la clase obrera y apoyo al gobierno parlamentario, alianza con los partidos burgueses para asegurar la unidad nacional, inmediata convocatoria a una Asamblea Constituyente. Desde el poder, pues, la Socialdemocracia ratificaba de derecho la orientación claramente "reformista" y nada revolucionaria que había venido guiando su política en los últimos años. Basados en las ideas de Kautsky, Bernstein, Lensch, Haenisch y Cunow, habían decidido que los intereses de la clase trabajadora estaban indisolublemente unidos a los del estado nacional y que —vista la capacidad de resistencia de un capitalismo capaz de salir más o menos airoso de una guerra mundial, lo que ponía en evidencia las profecías de Marx no tenía sentido reclamar la totalidad del poder para el proletariado y se imponía en consecuencia la progresiva superación "legal" de la democracia burguesa. Con una ideología a tal punto viciada de concesiones a la reacción, no es de extrañar que la socialdemocracia consumase hasta los más increíbles extremos su amarga misión de frustrar la revolución. El gobierno que presidía Ebert, lejos de simbolizar la ruptura total con el pasado, no venía a constituir a fin de cuentas sino una tímida versión nominalmente revolucionaria de la coalición integrada por Max de Baden un mes antes: la lamentable función del gobierno. Ebert no fue, por tanto, sino un intento de mantener la ficción revolucionaria de noviembre, al mismo tiempo que le aniquilaba el impulso renovador al sustituir sus metas radicales por los precarios propósitos meramente "parlamentarios" de aquel gobierno de octubre. El primer gobierno republicano aseguraba la "continuidad del último gobierno imperial he ahí la causa de la frustración de la revolución alemana de 1918.

Liebknecht era otra cosa, era aquello que con mayor espanto vislumbraban aquellos mezquinos y precarios "socialistas del Kaiser", era nada menos que la revolución, y a la revolución había que aplastarla en nombre —se transcriben citas de las proclamas socialdemócratas— de la "unidad nacional", del "orden y la paz", de los "supremos intereses de la sociedad, que rebasan los específicos fines de las clases que la integran". Pero si la avenencia con los "espartaquistas" no era posible, sí lo era —y muy deseable por cierto— el diálogo con los "socialistas independientes", el otro grupo socialista disidente que pugnaba por equidistar entre la socialdemocracia en plena reacción y el "espartaquismo" lanzado a toda marcha por la vía revolucionaria. Aceptadas por los mayoritarios sus condiciones —igual representación ministerial para cada grupo en primer y principal lugar— los independientes aceptaron responsabilidades gubernativas y un gabinete mixto de ambas tendencias asumió el poder. El 10 de noviembre se constituyó oficialmente el nuevo gobierno provisional —los mayoritarios insistían en convocar a una Asamblea Constituyente a la ma-





Friederich Ebert y Max de Baden: **El primer gobierno republicano era la continuación del último gobierno imperial.**



yor brevedad— en el amplio local del antiguo circo Busch.

Liebknecht y Rosa Luxemburgo arreciaban de día en día su violenta campaña de oposición e insurgencia desde la tribuna y las páginas de "Rote Fahne", incitando sin disimulos a la insurrección armada del proletariado. A principios de diciembre, Berlín presenció graves acontecimientos: el día 6, los soldados abrieron fuego contra una manifestación obrera en Spandau y las víctimas pasaron de treinta entre muertos y heridos. Los primeros caudillos de los recién creados "Freikorps" o "Cuerpos francos" —organizaciones para militares más o menos desembozadamente auspiciadas por la "Reichswehr" o ejército regular para violar las estipulaciones del recién firmado armisticio y servirle de tropa de choque a la contrarrevolución fueron a ponerse a la disposición de Ebert a mediados del propio mes de diciembre. Una línea telefónica directa unía permanentemente el despacho del jefe del gobierno en Berlín con el Gran Cuartel General del Ejército, establecido en Cassel y que continuaban rigiendo los oficiales del Kaiser a quienes comandaban Hindenburg y Groener. En Berlín circulaban panfletos monárquicos con absoluta libertad. El ejército regular, que no era otro sino el mismo que Guillermo II enviase a morir a Francia y Polonia, colaboraba con las pandillas de mercenarios y aventureros de los "Freikorps" en la represión de las actividades obreras. Se enarbolaba la defensa del gobierno constituído como pretexto para aplastar la revolución.

La reacción estaba de nuevo en la calle, y de nuevo la protegían los uniformes y la auspiciaban los gobernantes.

Los "socialistas independientes" comenzaron a percibir en qué medida los habían utilizado los mayoritarios, y —con

dían la destitución de Hirsch, ministro del Interior, que había a su vez destituído a Emil Eichorn, el comisario policíaco de Berlín que era bien visto por espartaquistas e independientes y que basaba su inamovilidad en haber sido nombrado el 9 de noviembre por un "Consejo de Obreros y soldados". Los manifestantes se dirigieron, ya en plena noche, al distrito que albergaba las grandes casas editoras —Ullstein, Scherl, Mosse, etc.— y procedieron a ocuparlo.

Hacia la media noche, un comité conjunto de líderes espartaquistas e independientes, dirigidos por Liebknecht, Borrembach, Ledebour y Scholze tomaba el acuerdo de dar inicio a la insurrección. Se contaba con el apoyo de varios regimientos del ejército y con no pocos destacamentos de marinos, a más del empuje decisivo de las masas.

El gobierno confió la represión del levantamiento a Gustav Noske, ministro de la Guerra, al que se invistió de poderes extraordinarios y que marchó a Dahlem para establecer su cuartel general. Se trataba de ocupar militarmente a la capital —a aquellas horas ya acribillada de barricadas— con los efectivos que la Reichswehr puso de inmediato a la disposición del gobierno provisional. Entre el 6 y el 7 de enero fueron ocupados por los rebeldes varios sectores importantes y no pocos edificios oficiales del centro y los suburbios de la ciudad, incluyendo las estaciones ferroviarias y el propio Reichstag. La situación era casi desesperada para el gobierno, hasta el punto de que se emitió un significativo comunicado la mañana del día 8: "Ciudadanos, "Espartaco" lucha ahora por todo el poder. Si vence desaparecerán todas las seguridades y libertades personales que el gobierno ha instaurado y desea preservar. Corre la sangre en varios lugares de Ber-



Los oficiales del Imperio: **Se pusieron al servicio de la república para aplastar a la revolución.**

la excepción de Haase, que permanecería aliado a los socialdemócratas— plantearían la renuncia del gobierno en pleno al objeto de arribar a acuerdos con los espartaquistas. Como su propuesta no fuese tomada en cuenta, rompieron la coalición y abandonaron el gobierno, esta vez acaudillados por Richard Miller. Haciendo resaltar la importancia de la ruptura de los independientes con el gobierno Ebert, Liebknecht y Rosa Luxemburgo proclamaron en "Rote Fahne" que "había sonado la hora de la acción para la Internacional". El día de navidad de 1918, el gobierno tuvo que acudir a la tropa para sofocar nuevos y gravísimos desórdenes: un grupo de soldados en sedición, auxiliados por no pocos espartaquistas, se hizo fuerte en un ala de la Cancillería y hubo que desalojarlos a fuego de ametralladoras y morteros, tras un feroz combate de más de dos horas. Las víctimas se elevaron esta vez a unas cuarenta, entre sediciosos y tropas leales al régimen. Al día siguiente, caía la redacción del "Vorwaerts" en manos de los espartaquistas, que comenzaron a editar un "Rotten Vorwaerts".

El primer mes de 1919 iba a resultar decisivo como sangriento. A la convocatoria para constituir la Asamblea Nacional —para la que se escogió como sede a la cercana ciudad de Weimar, porque ya en Berlín lucía inevitable el levantamiento espartaquista— respondió el grupo de Liebknecht y Rosa Luxemburgo constituyéndose oficialmente en "Partido Comunista Alemán" y lanzando un manifiesto en que se invitaba al proletariado a "impedir por todos los medios que se reuniese la Asamblea Nacional". Cuatro días más tarde, el 5 de enero, comenzó una terrible semana de guerra civil.

Una nutrida manifestación de elementos radicales marchó sobre la Alexanderplatz al caer la tarde del día 5. Pe-



lín. La hora decisiva se acerca", y la firmaba Friederich Ebert, en su calidad de jefe del gobierno provisional. Aún vacilaban los socialdemócratas en lanzar la Reichswehr y los "Freikorps" contra sus antiguos compañeros de lucha, pero ya en la noche del miércoles pudo imponerse el criterio desesperado de Noske, que declinó continuar responsabilizándose con el mando si no se le autorizaba para desatar la represión sin cortapisas. Ebert y Scheidemann cedieron.

El 9 comenzó en todas partes la contraofensiva oficial. Tres regimientos reconquistaron el Reichstag, Unter den Linden, la Koenigsplatz y la Brandenburger Tor. Los insurrectos carecían de coordinación militar y habían confiado demasiado en el triunfo. Atacados por tropas regulares, se vieron obligados a retroceder en todas partes. Hacia el día 10, el quinto de la rebelión, la resistencia espartaquista se había concentrado en el distrito de la prensa y los barrios obreros El 11 abrió fuego contra sus posiciones la artillería gruesa de la Reichswehr; el día siguiente capitularon los defensores. Los últimos bolsones de resistencia espartaquista se rindieron en la tarde del 12, y poco después entraba Noske en la ciudad al frente de 3,000 soldados. Había terminado la insurrección comunista.

Los oficiales monárquicos que habían dirigido la represión dieron rienda suelta a su furia, a prensa reaccionaria clamaba venganza; el 11, un día antes del cese del fuego, comenzaron los fusilamientos. El miércoles 15 en la mañana fueron detenidos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo en el distrito de Wilmersdorf por varios escuadrones de "Freikorps" dirigidos por antiguos oficiales del Imperio. Se dió la orden de trasladarlos a la prisión de Moabit en varios automóviles, pero era evidente que se trataba de asesinarlos. A Liebknecht lo condujeron al Tiergarten y allí lo acribillaron a tiros de ametralladora. A Rosa Luxemburgo la golpearon hasta privarla del conocimiento y le pegaron un balazo en el cráneo dentrodel propio auto que la conducía, después arrojaron su cadáver al Spree con un trozo de hierro atado a los pies para que no flotase. Sólo hallaron el cuerpo varias semanas más tarde.

El proletariado berlinés —incluyendo no pocos obreros socialdemócratas— se lanzó a la calle enfurecido ante tan brutales hechos. Ebert y Scheidemann declinaron toda responsabilidad y dieron curso a una investigación. De hecho, el gobierno resultaba el principal perjudicado por aquellos crímenes. Los oficiales monárquicos que los consumaron alcanzaron el doble objetivo que se proponían desacreditar al régimen republicano y deshacerse de dos peligrosos revolucionarios. De los cuatro acusados por su participación directa en los asesinatos, sólo el soldado Otto Runge sufrió una leve prisión de varios meses los capitanes Pflug-Hartunf y Vogel pudieron huír a Holanda.

El 25 de enero atravesó Berlín la más imponente manifestación de duelo que hasta entonces hubiese conmovido a la ciudad: los obreros berlineses acompañaban el cuerpo de Karl Liebknecht a su última morada.

Las elecciones para la Asamblea se efectuaron el 19 de enero. De ellas no emergió partido alguno con mayoría absoluta y tuvo que constituirse una coalición republicana —la llamada "Coalición de Weimar"— entre Socialdemócratas, Demócratas (que no eran sino los antiguos Progresistas) y el Centro Católico. El 6 de febrero se abrieron las sesiones de la Constituyente, cuyas tareas, además de la principal de elaborar una Constitución republicana, consistían en concluir un tratado de paz con los aliados y formar gobierno. Ebert pasó a la Presidencia de la República y Scheidemann integró gabinete con los partidos coaligados. A fin de junio del mismo año los Centristas Católicos abandonaron la coalición en protesta por la firma del Tratado de Versalles, y el precario gobierno Socialdemócrata con apoyo Demócrata subsistió apenas un año más: en junio de 1920 ganaron las elecciones los Centristas y formaron un gabinete definidamente derechista plagado de ministros monárquicos, representantes de la gran industria y total apoyo de la Reichswehr, entonces controlada por el notorio mariscal von Seeckt.

En agosto de 1919 se puso en vigor la Constitución de Weilmar, obra del eminente jurista Hugo Preuss y verdadera pieza de virtuosismo jurídico. El documento instauraba una república federal basada en el Reichstag, con legislación social avanzadísima y absoluta salvaguarda de las libertades públicas, pero que en lo más mínimo rozaba los grandes intereses industriales y territoriales ni preveía el asalto del poder por la reacción.

Los socialdemócratas se dejaron arrebatar el mando: sólo pudieron formar dos breves gabinetes en los nueve gobiernos que se sucedieron entre 1919 y 1928, mientras se turnaban en la Cancillería los partidos de derecha (Demócratas, Centristas y Liberales). Entretanto, crecía la marea de la extrema reacción: los "Freikorps" asesinaban impunemente a los ministros menos cavernícolas (Rathenau, Erzberger, el socialista Eisner) fraguaban insurrecciones (el "putsch" de Kapp), derribaban gobiernos revolucionarios (Baviera, Sajonia, Turingia) y —lo que iba a ser considerablemente peor— hallaban su versión política en el recién creado Partido Nacionalsocialista, animado por un frenético demagogo austríaco que acaudilló un levantamiento en Munich (noviembre de 1923) y fue acercándose crecientemente al poder, apoyado en los fondos de la industria pesada y el apoyo más o menos ostensible del revanchismo militar.

En 1930 presidió Herman Muller el último gobierno socialdemócrata de la República de Weimar. También fue el último gabinete parlamentario. El centrista Bruening, que lo sustituyó, se vió obligado a instaurar una verdadera dictadura "legal" al carecer de mayoría en el Reichstag. El más distinguido mariscal del Imperio, Hindenburg, presidió la República desde 1925, y sus cortesanos lo animaron en 1932 a expulsar a Bruening. Un aristócrata aventurero, von Papen, y un general con veleidades políticas, von Scheleicher, pasaron rápidamente por la cancillería —no sin derribar por la fuerza, en julio de 1932, el último gobierno socialista de Alemania, la legislatura regional de Prusia— hasta que, el 30 de enero de 1933, el octogenario mariscal presidente convocó al demagogo austríaco para entregarle el pode. Si algo subsistía en Alemania de lo que pudo haber sido la gran revolución de noviembre de 1918 se vino abajo cuando Adolfo Hitler revistó a sus uniformados partidarios que acudían a felicitarlo por su exaltación a la cancillería. Nacía el "Reich de mil años" y comenzaba la agonía de Europa.



Trayectoria Histórica del Libertarismo

por MARCELO SALINAS

El Libertarismo, representado en su acepción primera (Anarquismo), tiene viejos y gloriosos antecedentes en la lucha obrera de Cuba. Adeptos de esa doctrina, llegados de España, tras haber sido declarada disuelta la Primera Internacional y colocada fuera de la legalidad en la península ibérica, fueron los que fundaron los primeros gremios de carácter clasista y tácticas resistentes; e influidos por su pensamiento, esas asociaciones tuvieron la valentía de borrar en sus filas la discriminación racial, estableciendo en su "Declaraciones", el derecho de incorporación para todos los trabajadores "sin distinción de raza o credo político", sobre un plan de igualdad para todos.

Esos principios fueron mantenidos en cuantas publicaciones gremiales vieron la luz durante aquella lejana época, sin que nunca se hayan borrado dentro de las organizaciones proletarias.

Aunque las actividades del movimiento se hallaron circunscriptas al campo obrero y a las ciudades con alguna vida industrial, tales como Santiago de Cuba, Cárdenas, Matanzas, Cienfuegos, Regla, Santiago de las Vegas y naturalmente, La Habana, es indudable que las ideas propagadas por el Anarquismo, influyeron grandemente en la formación del espíritu independentista dentro del pueblo cubano. A mayor abundamiento, un Congreso Obrero, celebrado en el Centro Gallego de la Habana, en el año 1889, fue suspendido de manera violenta por la autoridad colonial, a causa de haberse aprobado en él una moción, presentada por los Anarquistas después de consulta dirigida a Malatesta, en Londres, donde se aprobaba la propaganda y el esfuerzo emancipadores.

Llegada la Guerra de Independencia, mientras algunos militantes del Anarquismo, con Enrique Creci, de Regla y José Acosta, de Santiago de Cuba, se unían a la lucha armada, otros fueron deportados al Africa, sucumbiendo no pocos en aquellos terribles presidios o asesinados, como Julio "El Gallego" y el asturiano Piquero, que lo fueron al desembarcar en los muelles de Cádiz.

Terminada la contienda, los anarquistas se agruparon nuevamente, iniciando la publicación del semanario Tierra, de larga y combativa existencia y volviendo a ingresar en los rangos del obrerismo y sus luchas.

En la primera de éstas, librada a pocos meses de instalada la República, en el año 1902, y cuya finalidad principal era la admisión de aprendices cubanos en todos los departamentos de las fábricas de tabacos (huelga que se hizo general, costando numerosas víctimas) los libertarios tuvieron nutrida representación dentro del Comité Director, viéndose allí junto a cubanos como Juvanet y Miguel Lozano (padre del actual capitán del Ejército Rebelde, Aldo Lozano) a españoles como Sebastián Aguiar, Ros Planas y José Barral, uno de cuyos hijos es nuestro amigo y reputado cronista teatral Don Galaor.

Después y a lo largo de todos los años comprendidos desde aquel movimiento huelguístico hasta la intensificación de las luchas sociales durante el gobierno de Menocal, los elementos ácratas estuvieron en preponderancia dentro de las filas del obrerismo, actuando tanto en la capital cubana cuanto en las provincias, donde puede señalarse como obra de uno de sus adherentes el paro de los ingenios camagüeyanos, liderado por aquel abnegado dirigente a quien asesinara, durante su dictadura Machado: Enrique Varona.

La pelea antimachadista vió en su puesto de siempre al libertarismo: no fue sólo Varona el caído dentro de sus filas: Margarito Iglesias, Alfredo López, Graham, "El Americano" y muchos más pagaron con su vida su amor a la causa de los oprimidos y a la libertad de Cuba.

Y cuando, por acuerdo entre el Partido Comunista y el dictador, los jefes de ese partido dieron por terminada la huelga general, los anarquistas, desde la dirección de la Federación Obrera de la Habana y de acuerdo con el A.B.C., desconocieron la orden dada por el comunismo, logrando que la huelga se mantuviera hasta hacer caer al tirano.

Caído el Machadato, reinician los anarquistas su labor de propaganda y proselitismo, reapareciendo el semanario "Tierra", que duró, en esta su segunda aparición hasta algún tiempo después de haber sido derrocado el gobierno de Grau, por Batista, de acuerdo con el embajador norteamericano Caffery.

La guerra civil española, enciende un mayor entusiasmo en los elementos militantes: se organizan comités de simpatía y ayuda, se colecta dinero para enviar a los organismos afines dentro de España, se celebran mítines y reuniones... Hasta que un día, el gobierno de Batista, pretextando una neutralidad dirigida exclusivamente contra los simpatizantes de la causa republicana, irrumpió con sus genízaros en los centros donde aquellos se reunían, llevando sus sostenedores a la cárcel. En esa redada cayó el Centro Federalista, situado en la calle de San Lázaro y quince de sus asociados, todos libertarios o simpatizantes, dieron con sus huesos en una prisión militar. Llevados antes Urgencia, varios fueron condenados, entre ellos uno (Bartolo García) a un año de prisión.

Terminada la contienda española, los anarquistas, auxiliados por diversos elementos liberales, extendieron a Cuba la asociación Solidaridad Internacional Antifascista (S.I.A.), que sirvió para prestar apoyo a cientos de exilados españoles y sus familias, llegados a radicarse en el país o de paso para México.

Por aquel entonces, habiendo cesado el control odioso del sargentote y gozando Cuba de libertad política, la Asociación Libertaria de Cuba, nacida y desarrollada en una semi clandestinidad, durante el año 1943, salió a la luz pública, legalizando su status...

Nació la Asociación Libertaria de Cuba (A.L.C.) por la integración de la Federación de Grupos y la Juventud Anarquista, adoptándose el adjetivo "Libertario", por estimarse más amplio y mejor adaptado a los cambios experimentados por el movimiento social, en los últimos años; sin que la existencia de la Asociación, impidiera el posible mantenimiento de grupos afines con el antiguo nombre.

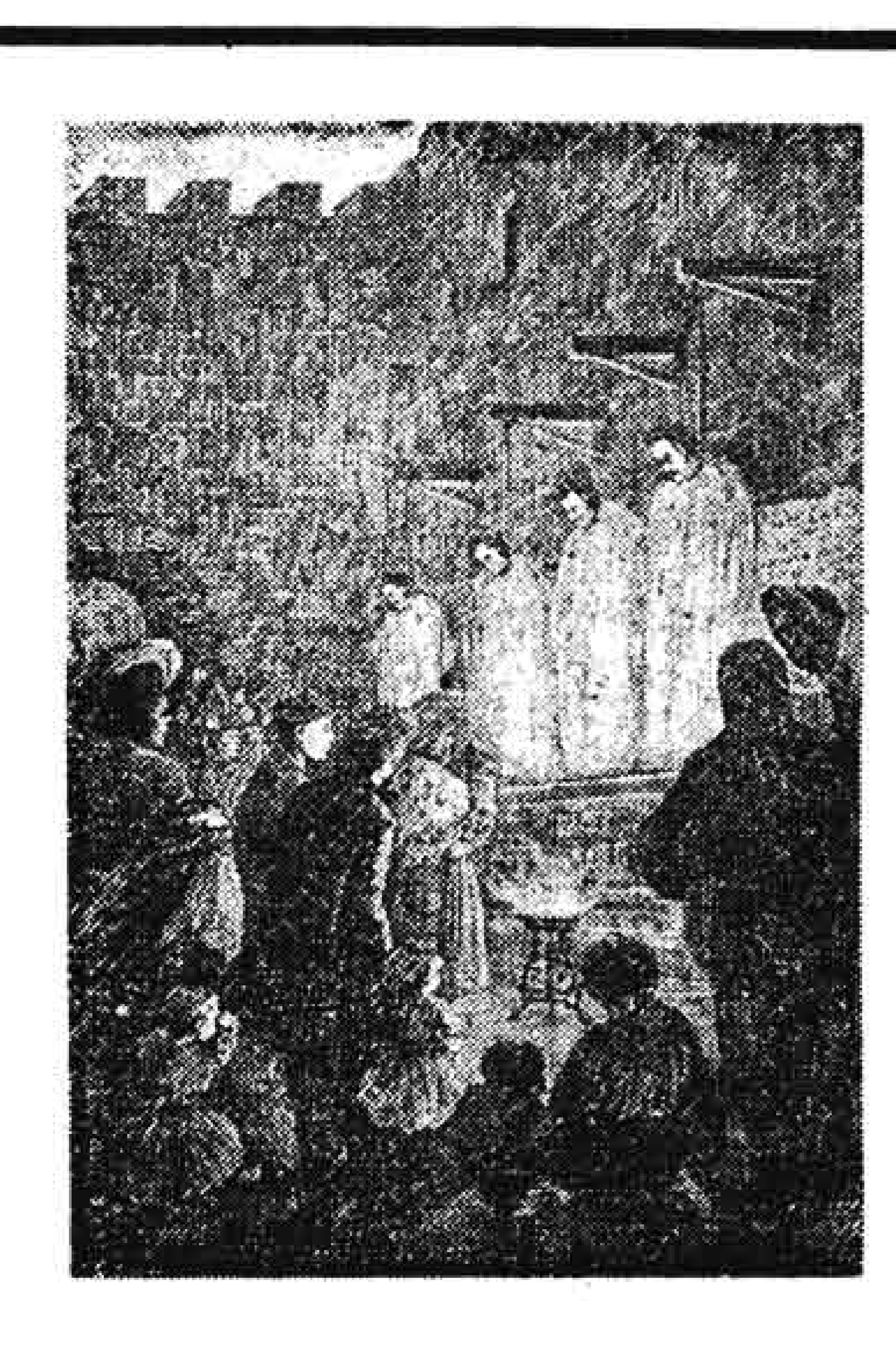
Un primer Congreso, celebrado en el local de los Yesistas, de la calle de Xifré, delineó las tareas inmediatas a seguir para la nueva entidad; en él se ratificaron posiciones históricas del Anarquismo, respecto a los principios de autonomía para todos los organismos integrantes y para los individuos y se confirmó, sin excluir de la militancia a quienes pudieran proceder de no importa qué clase social, el interés principalísimo por la suerte de las clases trabajadoras y el deber en que se hallaban los miembros asociacionistas de actuar decididamente dentro de las organizaciones obreras.

Esos acuerdos, ratificados en los dos sucesivos congresos celebrados después (uno con sede en el local del Sindicato de P. Eléctricas y el otro en el propio local de la Asociación) han venido informando el proceder de la institución libertaria, a través de los años.

Así, se unió a los trabajos del CONI (Comité Obrero Nacional Independiente) primero y trabajó luego dentro de la Confederación General de Trabajadores, integrada por los sindicatos Eléctricos, Telefónico y otros, frente a los planes y las directrices de Mujal. Cuando, a virtud de un Pacto de Unidad Sindical, la Confederación quedó disuelta integrándose la totalidad de sus componentes en la C. T. C., la Asociación Libertaria de Cuba, aceptó el Pacto, a condición de mantener su independencia de criterio dentro de él. Esa línea de acción hizo que, en el 24 Consejo de la C.T.C., fuera un miembro de la ALC (su Secretario, compañero Casto Moscú) el único a protestar contra los procedimientos mujalistas de intervención en sindicatos y delegaciones, quedándose solo en aquella reunión, no sin que la prensa se hiciera eco de su actitud, especialmente la revista Bohemia. De ahí la publicación de un manifiesto dirigido a los trabajadores, denunciando los males de la política seguida por Mujal y sus servidores (abril de 1957).

No era, empero, la primera prueba





de rebeldía que daba la ALC: la posición de su Secretario, respondía a las declaraciones antigubernamentales contenidas en un folleto distribuido el año anterior (1956), con el título "Proyecciones", donde se hacía el proceso de la vida política cubana desde el establecimiento de la República, marcándose la nefasta aparición en la escena nacional de Batista y, luego de consideraciones respecto a los gobiernos de Grau y Prío, viniendo a condenar rotundamente el estado dictatorial entonces prevaleciente.

Allí se dijo:

"Batista, maniobrado siempre sobre el apoyo de las bayonetas, supo estructurar, sobre la marcha, sus efectivos, nutriéndolos con los fieles de siempre, los desertores que volvieron al redil, muchos de los mismos que hasta el 9 de marzo le combatieron y la poderosa falange de los ventrales, dispuesta eternamente a engancharse, en el carro del vencedor".

Y más adelante:

"Estamos metidos en una ciénaga, en un tremedal angustioso, del que solo podremos salir a fuerza de tenacidad y perseverancia. No en un día ni en dos. Ni en uno o dos años. El mal es hondo, tiene raíces profundas. Esto y lo otro y los de antes, son causa y efecto a la vez. Giramos en un círculo vicioso capaz de asfixiarnos. No es cuestión de chalaneos políticos, de fórmulas electorales más o menos extensas..."

Y al apuntar sus aspiraciones para un futuro, decía el documento que glosamos, entre otras cosas:

"4.—Robustecimiento de la Escuela Pública, reafirmando su carácter laico e insistiendo, dentro de sus programas, y sus textos, sobre la gestión educativa; ya que resulta siempre preferible a la suma de grandes conocimientos horros de sentido moral, la conciencia de los deberes y los derechos, claramente establecidos"

"5.—Reforma Agraria, realizada con intervención directa de los campesinos y revisión exhaustiva del Catastro, para despojar de lo mal obtenido a los despojadores de la riqueza pública"

"8.—Libertad del movimiento obrero, con mantenimiento de las conquistas obtenidas. Las actividades sindicales partidaristas y dentro de normas sencillas y claras, que eviten la necesidad del aparato burocrático dominante hoy en las organizaciones proletarias"

"9.—Estudio y aplicación por organismos técnicos, de un Plan de Fomento Agrícola-Industrial, que ayude a los iniciadores de pocos recursos económicos y excite el sentido cooperativista..."

Consecuentes con esas declaraciones, la Asociación Libertaria de Cuba, supo responder a los trabajos revolucionarios, sin que sus miembros ya en La Habana, y en el interior, estuvieran ausentes de ellos:

Conectada al Directorio o al 26 de Julio, su militancia obró concorde con sus ideales de siempre. A través del compañero Martínez (Patricio en la vida clandestina), con Soto (Jacinto, en el mismo sector de la clandestinidad), "Cabrera" y otros, cooperó en toda la medida de sus fuerzas, contra la sangrienta oligarquía batistiana.

Amigos de la Asociación, como Pérez Domínguez, cayeron peleando, compañeros militantes como Lima, los estudiantes Sergio Pons (hijo) y Díaz, fueron golpeados y tuvieron que exilarse o mantenerse luchando mientras hurtaban la persecución... Más afortunados Figueredo y Linsuain, volvieron con las huestes vencedoras. Unas veces merced a las relaciones establecidas, otras faltos de ellas, los libertarios de todo el país, respondieron al imperativo de sus conciencias, ganándose la confianza del revolucionarismo en las localidades donde habitaban.

Terminada por el glorioso empuje del pueblo todo con la primacía del valiente Ejército de las Sierras, la horrible pesadilla de crimen y robo que durante siete años espantó a Cuba, la A. Libertaria, vuelve a sus faenas específicas, a su labor tenaz de propaganda. Viendo en la presente Revolución, un paso gigantesco hacia metas trascendentales de total liberación, apoya sus predicados y sus procedimientos: mas vigila con ánimo amigo, las posibilidades de torcimiento existentes, pese al noble propósito de sus máximos propugnadores, en las actividades de quienes puedan querer parar su marcha o desviar su rumbo, con fines interesados.

Sus opiniones se expresan francamente en su periódico "El Libertario", que suprimido por orden drástica del ministro Vasconcelos, acaba de reaparecer, por el mensuario afín "Solidaridad Gastronómica" y por su actuar constante, en todos los frentes.

Su nombre dice adonde quiere ir: a una convivencia social donde se asegure a todos la mayor suma de bienestar posible, con la mayor suma de libertad. Por eso, jamás ha pactado ni jamás pactará con los regímenes dictatoriales, no importa si se apellidan derechistas o de izquierda, por eso es perseguida, calumniada y escarnecida por los mantenedores de ideologías superautoritarias...

¡No importa!: el porvenir de Cuba y el porvenir del mundo, han de fraguarse en formas de amplia democracia, llevada hasta sus fines naturales: no la democracia falaz, cortina del imperialismo hipócrita, ni la que sirve para denominar situaciones donde se veda a los pueblos el ejercicio de sus más elementales derechos.

La trayectoria seguida durante largos años, durante largas décadas por quienes mantienen el ideario anarquista, responde de su presente actitud junto al magno empeño renovador que sacude a Cuba y el mundo contempla.



APUNTES SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO CRISTIANO

por Emilio Máspero

El movimiento obrero organizado es un fenómeno social, económico y político, y sobre todo humano, surgido como reacción de los trabajadores ante la explotación y la injusticia del capitalismo.

No ha sido creado el movimiento obrero mundial por los comunistas o por los socialistas. Es un fenómeno humano y social antes que nada.

Los socialistas y los comunistas tienen su propia interpretación del movimiento obrero y tratan de orientarlo y darle su contenido marxista, y utilizarlo sobre todo como base de predominio político partidista.

Los cristianos también tienen su propia interpertación del movimiento obrero mundial. Y tratan de darle su propia doctrina social cristiana, y de orientarlo a fin de que sirva de base para un mundo más justo y más humano, más libre y más feliz.

En estos momentos de la historia humana, el movimiento obrero se encuentra ante una disyuntiva clara y terminante: comunismo o social cristianismo.

I.— **El problema obrero.**

Diversos aspectos del problema obrero:

a) aspecto económico-social
b) aspecto humano y cristiano
c) entre los dos bloques mundiales
d) situado en la actual revolución latinoamericana.

En su aspecto económico-social, se deben resolver dos problemas:

a) la organización de una **justa y constante presión**, frente a una clase patronal que cede muy poco por conciencia social, a fin de obtener para todos los trabajadores las condiciones de trabajo y las condiciones de salarios que permita el progreso y el bienestar de los trabajadores y la dignificación del trabajo humano.

b) la transformación radical de las actuales estructuras económicas-sociales basadas en el capitalismo privado o en el capitalismo de estado, y que transforman a los trabajadores en simples instrumentos deshumanizados de la economía y de la organización social. La misma Iglesia Católica ha denunciado con energía y sistemáticamente.

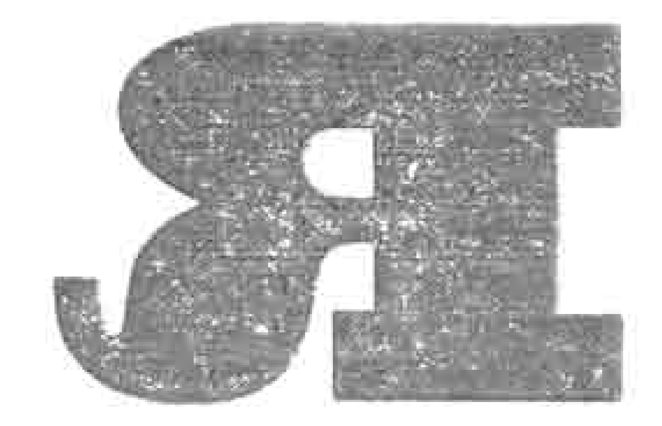
● la injusta y abusiva distribución de la riqueza que permite a unos vivir en una abundancia excesiva, y provocadora, y deja a la masa de trabajadores (de la ciudad y del campo) abandonada a su propia miseria y estrechez que les impide vivir en el nivel de bienestar, seguridad, dignidad e independencia que corresponde a toda persona humana.

● la injusta situación que mantiene al obrero en la condición de simple asalariado y extraño en el seno de las empresas a las cuales dedica toda su vida de trabajo, sin tener en ellas, derecho alguno de participación, de corresponsabilidad y de congestión.

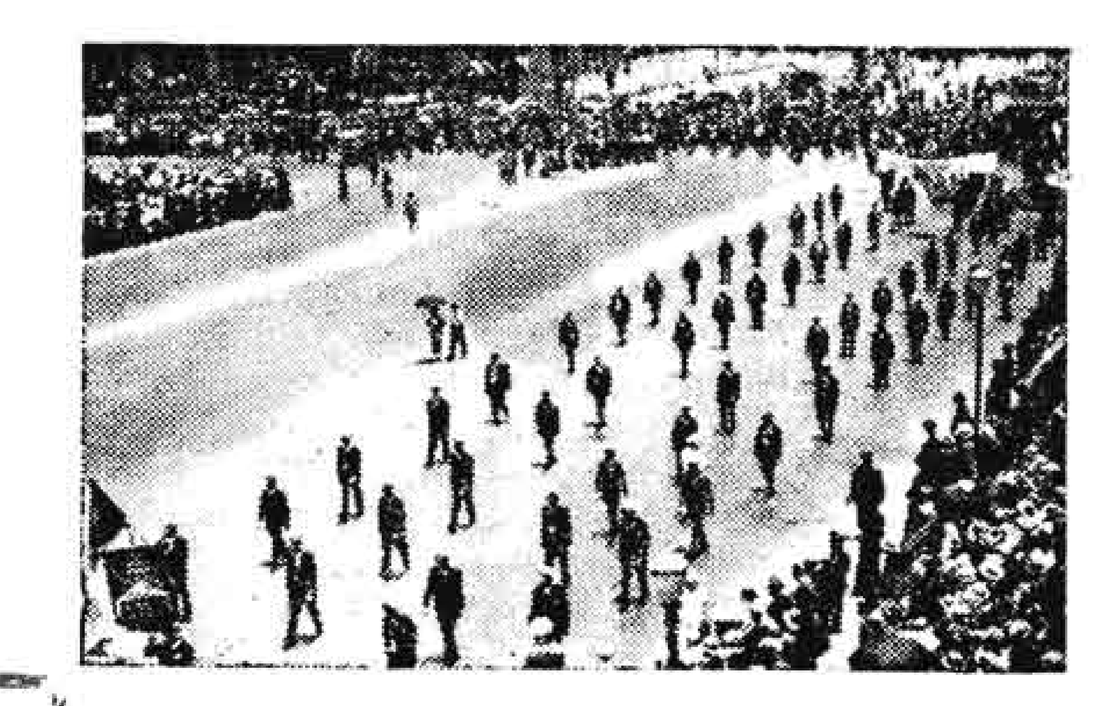
● la injusta y oculta presión global que ejerce sobre la vida económica y sobre el poder político, una pequeña oligar-











quía financiera e industrial, doblada por una oligarquía política y cultural, orientados todos sus esfuerzos hacia un lucro capitalista y que frena con insistencia la justa promoción y liberación del proletariado.

Esto plantea la necesidad de encarar una firme transformación de las estructuras económico-sociales y políticas que posibilite definitivamente el establecimiento de una democracia integral: política, social, cultural y económica.

En este primer aspecto, los trabajadores, necesitan absolutamente de un sindicalismo poderoso, bien organizado, representativo, auténtico y eficaz, surgido en plena libertad sindical.

En su aspecto humano y cristiano, es necesario encarar la constitución de un nuevo sistema de apoyos morales que le posibiliten realizar su vocación humana y cristiana en el mundo del trabajo, frente a los factores de deshumanización, de despersonalización y de descristianización que operan en los actuales momentos, a través de la transformación profunda en los procesos de producción e industrialización, y a través de la progresiva concepción materialista que se van infiltrando en el pensamiento y en la vida humana.

En este segundo aspecto, los trabajadores necesitan de un poderoso esfuerzo de formación, de educación y de capacitación. Sin un esfuerzo sincero por rehumanizar, repersonalizar y recristianizar las masas obreras, peligrarán siempre todas las conquistas económicas y sociales, y no se podrían llevar a cabo las profundas transformaciones de estructuras económico-sociales que todos los trabajadores desean.

En el aspecto del mundo dividido en dos bloques, los trabajadores deben decidirse ante dos concepciones de la vida y del mundo: por una parte el comunismo ateo y totalitario junto con su hermano, el socialismo estatificador; y por la otra, el cristianismo social, basado en la dignidad humana, la justicia social y la solidaridad y la libertad. Dos poderosas organizaciones se disputan la adhesión masiva e individual de todos los trabajadores del mundo. De la decisión de la clase obrera ante estas dos concepciones depende el destino de la humanidad, de los mismos trabajadores y de todos los valores espirituales y morales de nuestra cultura y civilización humana.

Situado ante la actual efervescencia y revolución que sacude a toda América Latina, el movimiento obrero cristiano debe entrar definitivamente por la lucha por la liberación nacional, social y económica de todos los trabajadores latinoamericanos. Y ser la base de una integración social, económica y política de todo el continente. América Latina debe revisar todas sus relaciones con América del Norte. Y también sus relaciones sindicales. Los trabajadores latinoamericanos necesitan un sindicalismo nacional y popular, revolucionario y comunitario.

Un nuevo espíritu, una nueva orientación para el movimiento obrero latinoamericano, adecuado a la revolución nacional, social, económica y humana que hay que realizar urgentemente en todo el continente.

II.— El sindicalismo cristiano, expresión avanzada del movimiento obrero cristiano.

La expresión más concreta y más eficaz del movimiento obrero mundial es sin duda alguna, el sindicalismo. Gracias a sus organizaciones sindicales, los trabajadores han ido progresando en bienestar, en dignidad, en justicia. Uno de los aspectos más fuertes y más definidos del movimiento oberro cristiano es el sindicalismo cristiano.

En estos momentos está tomando más auge como una gran posibilidad de una tercera fuerza sindical, independiente de los planteos imperialistas de USA y de URSS.

La Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC) fue constituída en 1920. Es la Internacional sindical más antigua de las tres, actualmente existentes.

La organización y dirección del movimiento sindical cristiano mundial descansa sobre cuatro regionales. La Federación Europea de movimientos sindicales cristianos, la Unión Panafricana, la Unión Asiática, y la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos. Influye en más de 50 paises y territorios.

En Europa, los sindicalistas cristianos han sido los pioneros y los defensores más ardientes del mercado común europeo, de la integración económica y social de Europa.

En el XIII Congreso de la Internacional sindical cristiana se ha decidido la creación y funcionamiento de un Fondo de solidaridad Internacional a fin de dar mayor impulso a todo el sindicalismo cristiano en todo el mundo. En junio de este año comenzará a funcionar en las afueras de París, el INSTITUTO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS SINDICALES, que facilitará la formación de dirigentes sindicales cristianos de América Latina, de Africa y de Asia en cursos de formación teórica y práctica que durarán 24 meses.

La Internacional Sindical Cristiana ha luchado constantemente contra todas las dictaduras y totalitarismos. Tanto dictaduras de derecha como de izquierda. La CISC ha enfrentado firmemente las dictaduras de Franco y Salazar en España y Portugal, en todas las instancias mundiales, en la OIT, en la ONU y en todos sus Congresos mundiales.

Uno de los objetivos principales del actual programa de la CISC es el impulsar el desarrollo económico integral de todos los paises subdesarrollados. El año pasado, se realizó en Africa un Congreso Panafricano de sindicalistas cristianos que lanzaron el manifiesto de la liberación nacional, de la liquidación del colonialismo, del desarrollo integral de todo el continente africano, y de la constitución de los Estados Unidos de Africa.

El lema de la Internacional Sindical Cristiana es bien definido: Por la dignidad humana de los trabajadores dentro de la justicia y la libertad. Ni libertad sin pan (liberalismo económico), ni pan sin libertad (comunismo).

III.— El sindicalismo cristiano en América Latina.

En estos momentos hay movimientos sindicales cristianos en todos los paises de América del Sur, y se están constituyendo en las Antillas Holandesas en la Federación de Antillas Británicas, en Panamá y en México.

El sindicalismo cristiano en América Latina cuenta solamente con ocho años de vida. Sin embargo comienza a despertar una gran esperanza en todos los trabajadores.

El 8 de diciembre de 1954 se creó en Santiago de Chile, la CONFEDERACION LATINOAMERICANA DE SINDICALISTAS CRISTIANOS (CLASC) para operar como Regional de la Internacional sindical cristiana.

La CLASC tiene en estos momentos 16 organizaciones afiliadas. Ha sido reconocida en la CEPAL, en el ECOSOC (Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas), en la OEA, en la OIT, en la UNESCO.

En las sesiones de la CEPAL de La Paz (Bolivia) José Goldsack, presidente de la CLASC, planteó por primera vez la necesidad de la integración económica y social de América Latina desde el punto de los trabajadores.

La CLASC organiza cada dos años Seminarios de formación para todos los sindicalistas cristianos de América Latina en unión con la UNESCO y la OIT.

Uno de los objetivos fundamentales que persigue la CLASC es la constitución de Centros Nacionales de formación sindical en todos los paises de América Latina, como los que están funcionando en Chile, Argentina y Brasil.

Para hacer frente con responsabilidad y eficacia al proceso revolucionario que se siente en todo el continente es fundamental capacitar a los dirigentes sindicales en todos los aspectos de la organización ,la acción y la política sindicales.

En Quito, Ecuador, en los meses de octubre y noviembre tendrá lugar el Tercer Congreso Continental de la CLASC y los Seminarios de formación, centrados en el problema del desarrollo económico, del mercado común Latinoamericano y de la integración económica y social.

En Santiago de Chile, donde funcionan las oficinas de la CLASC, están constituyéndose las Comisiones Técnicas del sindicalismo cristiano en América Latina, a fin de estudiar todos los problemas referentes a los trabajadores y al proceso latinoamericano: reforma agraria, industrialización, desarrollo económico, seguridad social, libertad sindical, etc.

De este modo la CLASC, ofrece a las organizaciones sindicales y a los trabajadores latinoamericanos, la posibilidad de un sindicalismo nuevo, más adecuado a las necesidades latinoamericanas, y de verdad, independiente y autónomo ante las posiciones comprometidas de la CEPAL y de la ORIT.

IV.— El movimiento obrero cristiano, última instancia de dignidad humana.

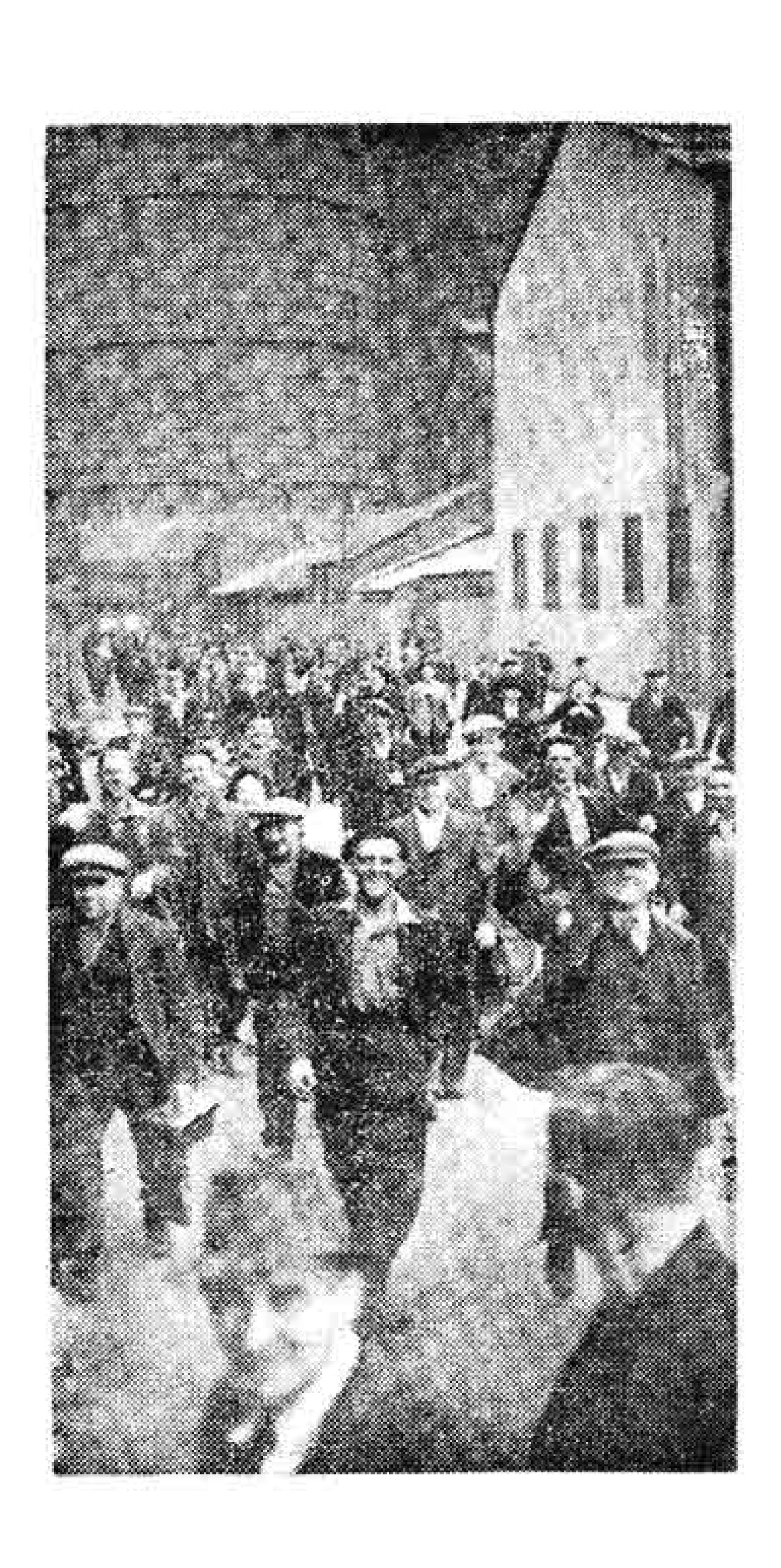
Ante la actual evolución del mundo y de las principales fuerzas sindicales, el movimiento obrero cristiano se presenta como una verdadera reserva de la dignidad humana de los trabajadores.

El sindicalismo está en una encrucijada. Atrapado e instrumentado por la política y los gobiernos. En inferioridad de condiciones ante la técnica. Pareciera que en vez de influir en la marcha de las cosas, el sindicalismo fuera a remolque de los acontecimientos.

Faltan nuevas perspectivas, un nuevo sistema de apoyos morales. El sindicalismo ante el mundo que se unifica y que se materializa cada vez más, sigue siendo la última instancia de defensa y de dignidad humana. Pero un sindicalismo que sepa hacer frente con responsabilidad, con eficacia, con capacidad a los formidables manejos y compromisos de la política, de la técnica y de la economía.

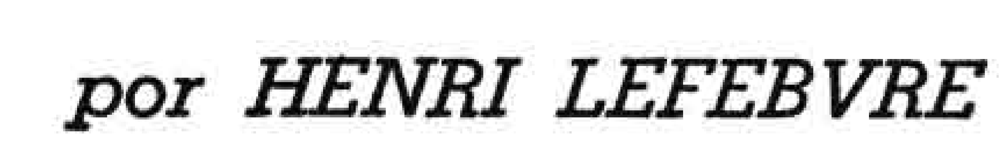
El movimiento obrero cristiano junto con el sindicalismo cristiano, expresiones auténticas y reales del humanismo cristiano, serán siempre la última instancia de la dignidad humana de todos los trabajadores del mundo.





Henri Lefebvre es uno de los más brillantes filósofos marxistas franceses de hoy. Pertenece a un grupo de pensadores —como Pierre Naville, Auguste Cornu, Roger Garaudy, Jean Kanapa— que representan en Francia el materialismo dialéctico. En este trabajo, que es un capítulo de su libro "Le marxisme", Lefebvre expone claramente la posición del materialismo militante frente a los problemas políticos y al papel de la clase obrera. Como consecuencia de discrepancias suscitadas en el seno del Partido Comunista Francés, por la publicación de su último libro, Lefebvre ha sido separado transitoriamente del Partido.

La Política Marxista





Nunca profesó Marx el igualitarismo sumario que tan a menudo se confunde —sea exaltarlo o denigrarlo— con el espíritu democrático y con el comunismo. Marx acepta la desigualdad de las funciones pero distingue las funciones de dirección, de mando, de organización, y las funciones políticas.

Las primeras, funciones técnicas, aparecen espontánea y necesariamente. En todo grupo actuante se impone una organización, y en dicho grupo ciertos individuos se ponen a la cabeza. Cuando, espontáneamente o por selección, son los individuos mejor dotados, no hay nada que criticar. En ciertas sociedades primitivas o muy antiguas, cuando el mejor guerrero se convertía en jefe de guerra, y enseguida entraba en la comunidad, dicho proceso espontáneo de organización no quitaba nada al carácter democrático de esas sociedades. En la sociedad socialista la atribución de las funciones dirigentes a los individuos más dotados no quita nada a la democracia; por el contrario, ella confirma la democracia, dejando como única jerarquía la jerarquía fluctuante de los talentos individuales. En la sociedad racional una selección organizada y refleja deberá hacer consciente el proceso natural por el cual toda acción social (colectiva) revela a ciertos individuos capaces de tomar la dirección de la misma.

La infelicidad (la alienación) no ha salido de ese proceso natural o consciente; si no del elemento ilusorio que en él se ha superpuesto.

Las funciones directivas (mando, organización y administración, etc.) se han separado de las necesidades concretas a las cuales ellas correspondían; se han fijado aparte, y por consiguiente se han erigido fuera y por encima de la sociedad. Se han vuelto funciones **políticas.**

Este proceso de fijación ya mencionado precedentemente, ha acompañado en la historia la división del trabajo, la separación del trabajo material y del trabajo intelectual, la formación de la propiedad privada y de clases. En ciertas condiciones históricas, las funciones directivas se han vuelto hereditarias por cuanto están ligadas a la situación de los individuos en la estructura social, a su riqueza individual, y no a su talento. Fijadas, estas funciones se han convertido en la propiedad de castas y de clases dominantes. Así se ha formado el **Estado**; las funciones políticas se han separado de las otras funciones, fijadas aparte; las castas o clases económicamente dominantes las han acaparado entonces o han intentado acapararlas, librándose una lucha encarnizada por apoderarse de los honores y beneficios particulares adscritos a esas funciones políticas.

¿Qué representa entonces el Estado? Parecería, por descripción o análisis superficial, una emanación de la sociedad en conjunto; pero hay en ello un error grave, una confusión entre las funciones directivas y las funciones políticas. Las primeras suscitan las segundas en ciertas condiciones solamente. ¿Cuáles?

Cuando las clases se separan y se oponen, es preciso que aparezca por encima de ellas un poder superior e interior, al menos en apariencia. Para impedir a la clase dominante aniquilar a la clase oprimida y hacerla desaparecer, en una palabra, suprimir las condiciones de su propia dominación, para proteger a los oprimidos contra los excesos de ciertos individuos entre los opresores, para arbitrar los conflictos entre los individuos y los grupos (en particular entre los opresores), es preciso un **poder de Estado.** Tal poder se erige por encima de la sociedad, pero sólo porque la comunidad social ya está dividida en clases. **Parece** superior a la sociedad, y sin embargo, parece emanar de ella, pero no es así más q. porque esta sociedad está dividida. Este poder de Estado se dará fácilmente por juez, representante de una justicia superior, árbitro imparcial, etc. De hecho, el Estado que expresa una sociedad dada la expresa tal cual es, es decir que traduce y sanciona su estructura de clases, es decir la dominación de parece proteger a los oprimidos o exuna clase. Inclusive cuando el Estado plotados, y cuando de hecho los protege contra ciertos excesos, conserva las condiciones de una dominación de clases.

Hay pues, en la formación del Estado político, tres elementos:

1) Un **elemento espontáneo,** proceso natural por el cual aparecen las funciones directivas;

2) Un **elemento reflejo:** cuando la sociedad se diferencia y se complica; las funciones de dirección exigen cierto conocimiento (empírico hasta el marxismo) de la estructura social, de las necesidades, de los intereses en presencia, de las obligaciones y derechos recíprocos, en suma, del conjunto social. Por este conocimiento confuso las funciones espontáneas de dirección se elevan al rango de funciones administrativas, jurídicas, etc.

3) Un **elemento ilusorio,** de importancia capital. Siempre bajo la cortina de humo de una ideología el poder de Estado se ejerció en un sentido determinado, **pareciendo** independiente e imparcial. Las funciones administrativas o jurídicas se cumplían en el sentido de los intereses de la clase dominante. Las necesidades del conjunto social se hallaban perpetuamente desviadas, interpretadas en ese sentido, so pretexto de una imparcialidad superior. (Así los reyes, que oprimían y explotaban al pueblo, pasaban por "padres del pueblo" y a menudo se arrogaban este título).

Hay que señalar que los hombres políticos de las clases directivas, en el curso de la historia, creyeron a menudo, por no decir siempre, en las ideologías. El marxismo distingue la apariencia ideológica del cinismo político. El primero que denunció los procedimientos de dicho cinismo fué Maquiavelo.

Aclaremos en seguida que reconocer a Maquiavelo como el creador de la lucidez en materia política no significa en modo alguno confinarse en el maquiavelismo, más por el contrario aportar la verdad politicar y sustituir al maquiavelismo por ella.

Por lo tanto, el Estado político ha reflejado siempre la estructura de clases **y** la dominación de una clase en la sociedad que él gobernaba. Por otra parte, expresaba la dominación de una clase en tanto que ésta encontraba dificultades, obstáculos. Es decir que el Estado reflejaba también las resistencias de la clase o de las clases oprimidas, y a veces sus victorias. Estando en juego en la lucha de clases, castas o clases, **su historia** resume las fortunas diversas de esa luchas, los compromisos y las victorias, los sucesos, las transformaciones, las luchas civiles y las guerras. Es pues una historia prodigiosamente compleja, en la cual las instituciones no se separan de los individuos actuantes, de las funciones reales, de las mixtificaciones ideológicas o de los esbozos de conocimiento real. Es una historia diplomática, jurídica, financiera, administrativa, pero es también y sobre todo la historia de fuerzas en presencia, —de las clases—, que viene a resumirse en la historia del Estado político. ¿Cómo estudiar la formación del Estado romano, y del derecho romano, sin estudiar los conflictos de la plebe y de los patricios, las rebeliones de los esclavos?

En particular, el Estado **democrático** refleja siempre la resistencia de la clase o de las clases explotadas. Implica un **compromiso** entre las clases. Esto no significa que en la democracia moderna la clase dominante pierda automáticamente su supremacía económica, abandone espontáneamente las funciones acaparadas, deje disiparse el velo ideológico. En manera alguna. El Estado democrático tiene un doble carácter dialéctico y contradictorio. Implicando clases y una lucha, fué de una parte la expresión de una dictadura efectiva —la de la clase dominante— y de otra parte se vió obligado a permitir la expresión de los intereses y de los objetivos políticos de las clases dominadas; se vió obligado a tolerar la organización de los trabajadores (sindicatos, cooperativas, etc.) El compromiso democrático no suprime la lucha de clases, por el contrario la **expresa.** Históricamente, no pudo ser de otro modo pues la burguesía debió hacer un llamamiento al pueblo en su propia lucha contra los feudales, y por otra parte se vió obligada por su propia ideología a admitir la libertad de opinión, de expresión, de pensamiento o incluso de organiza. La acción popular vino solamente a ponerla frente al muro y a constreñirla a no relegar en la ideología pura sus teorías en resúmen, esta acción vuelve a lanzar contra la burguesía —legitimamente según Marx— las ideas lanzadas por ella misma en la época de su ascensión política y de su propia revolución.

La historia de la democracia muestra este doble aspecto de la democracia y no se explica más que por él. Las instituciones democráticas, en todos los países, y en la historia de cada país, han reflejado la forma momentánea del compromiso, es decir la concordancia momentánea de las fuerzas en el interior de la nación (y también en el plano internacional).

De ello resulta que la democracia burguesa es un régimen inestable. Comporta una izquierda y una derecha que luchan por el poder. Es un régimen de partidos. En conjunto los partidos representan las clases existentes: propietarios terrestres feudales, —capitalismo industrial, capitalismo financiero— clase media, pequeña burguesía, campesinos, clase obrera. Sólo que esta clasificación de partidos no puede considerarse estáticamente. Los fenómenos políticos son más complejos. Entre las clases, y sin que eso les quite en nada su realidad, hallamos **transiciones, formaciones** intermedias que encuentran para expresarse hombres, matices políticos y pequeños **partidos.** Las grandes crisis comportan reagrupamientos. Por último y sobre todo, el gran capitalismo tiende a reunir bajo su égida a todos los representantes de la burguesía y a reagrupar, —no sin resistencias—, los partidos de los feudales con los de las clases medias, la pequeña burguesía o incluso de la aristocracia proletaria. Los partidos proletarios constituyen del otro lado un polo de atracción para los representantes de todas las clases populares (campesinos, pequeña burguesía, etc.). De donde resulta una vida política compleja, agitada, cada vez más polarizada, que Marx ha descrito y analizado en sus obras específicamente políticas.

La democracia burguesa va pues con mayor o menor rapidez, pero fatalmente, hacia una crisis de transformación. La forma, el momento, y el resultado de esta crisis dependen de los acontecimientos exteriores o interiores de los individuos representativos, de su inteligencia, de su habilidad, de su prestigio, y también y sobre todo del estrechamiento de las fuerzas en el momento decisivo.

O bien la crisis puede también resolverse reaccionariamente. Entonces será la vuelta hacia una monarquía, o más francamente hacia un **bonapartismo** (analizado por Marx a propósito de Napoleón III). En todos estos casos, se trata de una dictadura más o menos confesada, más o menos brutal y corrompida sobre las masas, las clases populares y el proletariado (por ejemplo, el fascismo).

También la crisis puede resolverse por un salto hacia el socialismo y el comunismo. La democracia cambia decididamente de sentido; la clase dominante como tal se ve eliminada el Estado deja de ser órgano de su dictadura disfrazada de imparcialidad y camuflajeada ideológicamente. Las apariencias y las ilusiones políticas caen. El pueblo y su vanguardia proletaria toman abiertamente la dirección de los asuntos, y los administran en el sentido de sus intereses que son los mismos de la nación, que no representan más los grandes capitalistas monopolizadores. ¿Significa esto el fin de la democracia? Sí y sin embargo no. Es el fin de la democracia **burguesa,** de su ideología, de sus partidos directa o indirectamente al servicio del capitalismo. En la liquidación más o menos rápida y violenta (según la intensidad de la "reacción") de una clase (la burguesía al mismo tiempo que de un sistema económico (el capitalismo y de un Estado político determinado (el Estado burgués, con su aparato, su alta burocracia, su sistema policial y jurídico, etc).

Pero al propio tiempo es la gestión de los asuntos públicos de la nación en el sentido reclamado más o menos claramente por la gran mayoría. Es una nueva fiscalización; es la institución de organismos democráticamente controlados los que toman los puestos de mando de la industria, de los trueques comerciales, de la agricultura para desarrollar las fuerzas productivas y organizarlas racionalmente (planificación). Es la formación de un tipo nuevo de Estado, el Estado socialista, y cada nación deberá descubrir su fórmula en función





de sus tradiciones, de sus experiencias, de su estructura, de las fuerzas en presencia y de las acciones recíprocas.

Así pues esta transformación es **el cumplimiento de la democracia.**

Dictadura del proletariado (sobre la burguesía). —fin de la democracia burguesa—, florecimiento de la democracia, —cumplimiento de las promesas hechas por los demócratas burgueses o pequeños burgueses, y jamás mantenidas, son términos equivalentes. Si hay **dictadura,** es la dictadura de la ciencia económica y sociológica, substituída como regulador del conjunto social a los promedios ciegamente surgidos de la iniciativa privada, sin control y sin ley, que caracteriza al inestable equilibrio capitalista.

A través de esta crisis, más o menos larga y convulsiva, la democracia (dice Marx) se hace democracia **socialista;** el proceso de transformación es un proceso histórico y llena un período histórico. Es decir que podemos representarnos el punto de partida (la democracia burguesa-capitalista) y el punto de llegada (la democracia socialista) pero el proceso intermedio no es susceptible de esquema previo; depende de múltiples interacciones, de los acontecimientos, de los hombres, de las relaciones de fuerzas en la escala mundial. Inevitablemente es un proceso accidentado y sinuoso (dialéctico) aunque las grandes etapas sean **necesarias.**

Sobre un punto capital Marx ha disipado una confusión muy extendida en su época (y acaso todavía hoy): **El socialismo no es todavía el comunismo.**

El socialismo comporta un Estado, un aparato de Estado, por tanto comportará también una burocracia, un aparato represivo, un aparato jurídico. Aunque el sentido del Estado haya cambiado, arrastra todavía tras él, —como la sociedad toda—, las supervivencias y las prolongaciones de las épocas periclitadas. La influencia de la clase antaño dominante prosigue en la lucha contra ella. Las diferencias subsisten (trabajo intelectual y material; campesinado y proletariado, etc.).

Bajo el ángulo político, el **comunismo** se define por la liquidación definitiva de dichas supervivencias y prolongaciones. Para mucha gente que ignora este axioma del pensamiento marxista, hay que decir y volver a decir que la **expresión "Estado comunista carece de todo sentido.** En efecto, el comunismo se caracteriza por la supresión del Estado, por superación.

(1) La U.R.S.S., es un Estado en el cuadro del cual se construye el socialismo. No solo la transición con todos sus problemas pero también la camarilla capitalista han provocado el mantenimiento y reforzamiento del Estado.

En el curso del período socialista (transición hacia el comunismo) el Estado se transforma progresivamente. Como había aparecido antes, la función política desparece ahora. Las funciones de gestión, —funciones espontáneas y necesarias en toda sociedad—, pasan de nuevo a un primer plano. Un sistema electivo —cuyas modalidades se determinarán en cada cuadro nacional— permite a los individuos más dotados (para estas funciones) surgir formarse. Las mismas masas son llamadas a proporcionar estos individuos, a comprender el mecanismo de la sociedad y las técnicas administrativas. Entonces el Estado languidece como tal; no degenera pero se **reabsorbe** en la sociedad por la desaparición de la función política, después de haber educado a la sociedad en pleno —en la persona de los individuos más capacitados— en el nivel de conciencia y de conocimiento que implican las funciones de organización.

Esta desaparición del Estado anuncia la sociedad comunista, la que implica:

1) completa desaparición de las clases y de sus supervivencias.

2) prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas (la "era de la abundancia", ya técnicamente posible en el siglo XX).

3) superación de la división del trabajo en trabajos subordinados (materiales) y trabajos superiores (intelectuales).

4) Resurgimiento del individuo libre en una sociedad libre: lo individual no se opone más a lo social y encuentra en lo social las condiciones de su desarrollo, de manera que las dotes naturales y espontáneas de cada uno se encuentran racional y conscientemente cultivadas (en el sentido profundo de la palabra **cultura).**

A los períodos históricos y formas sociológicas, cuyo análisis ha sido precedentemente delineado, **hay** que añadir:

a) la **democracia,** en un momento más o menos avanzado de su desarrollo, de su profundización, de su transformación.

b) el **socialismo,** él mismo transición hacia otra forma:

c) el **comunismo.**

El análisis de estas formas pertenece a la **política,** puesto que hemos llegado al momento histórico en que dichas transformaciones se imponen y se efectúan.

No son fatales, son necesarias, —exactamente como es necesario para un ser vivo crecer y alcanzar su madurez, si no muere o depaupera por enfermedad crónica! Aquí la necesidad del devenir, es decir que ella supone ciertas condiciones reales, al mismo tiempo que la actividad necesaria para realizar las posibilidades. Es una acción dialéctica, y no mecánica, de la necesidad. Dadas las contradicciones y los problemas del mundo moderno, hay una solución única: el devenir en ese sentido. Pero no es "fatal" que los problemas tengan que ser efectivamente resueltos.

Marx no ha dicho nunca que el comunismo sea un "paraíso terrestre". En este sentido se ha defendido contra toda anticipación. El comunismo comportará un género o estilo de vida del que todavía no tenemos la menor idea. La época comunista creará un estilo de vida, según sus condiciones, es decir de acuerdo con un grado imprevisible de libertad humana por relación a la naturaleza y a las condiciones materiales. El comunismo, que tiene por condición la **potencia** desarrollada del hombre sobre la naturaleza, comporta precisamente una gran libertad humana frente a las condiciones.

De esta dialéctica cualquier anticipación que se hiciere será prematura. No podemos prever cómo la sociedad comunista resolverá los problemas de la vida, del amor, del arte, etc. Cada problema, cada solución llega en un momento, **—en su momento—,** en el devenir histórico. El marxismo excluye el utopismo.

Marx nunca ha dicho que el comunismo pueda ser el período terminal de la historia humana. Muy por el contrario. Sólo que de lo que vendrá en seguida no podemos decir nada con exactitud.

De lo que precede resulta evidente que hoy día no existe todavía en el mundo **ninguna sociedad comunista,** de acuerdo con el sentido preciso dado por Marx a esta palabra.

Dejando el análisis de las formaciones económico-sociales pasadas, para abordar las perspectivas (por tanto los problemas) de la acción, el marxismo no pierde de vista la razón, el conocimiento, el aspecto científico.

Estos dos puntos de vista, el del conocimiento y el de la acción, no se separan más que por una doctrina estática y no dialéctica.

El análisis de las formaciones económico-sociales del pasado es ya un análisis del devenir histórico. Y es todavía de dicho análisis que la dialéctica marxista extrae previsiones, consignas, apreciaciones.

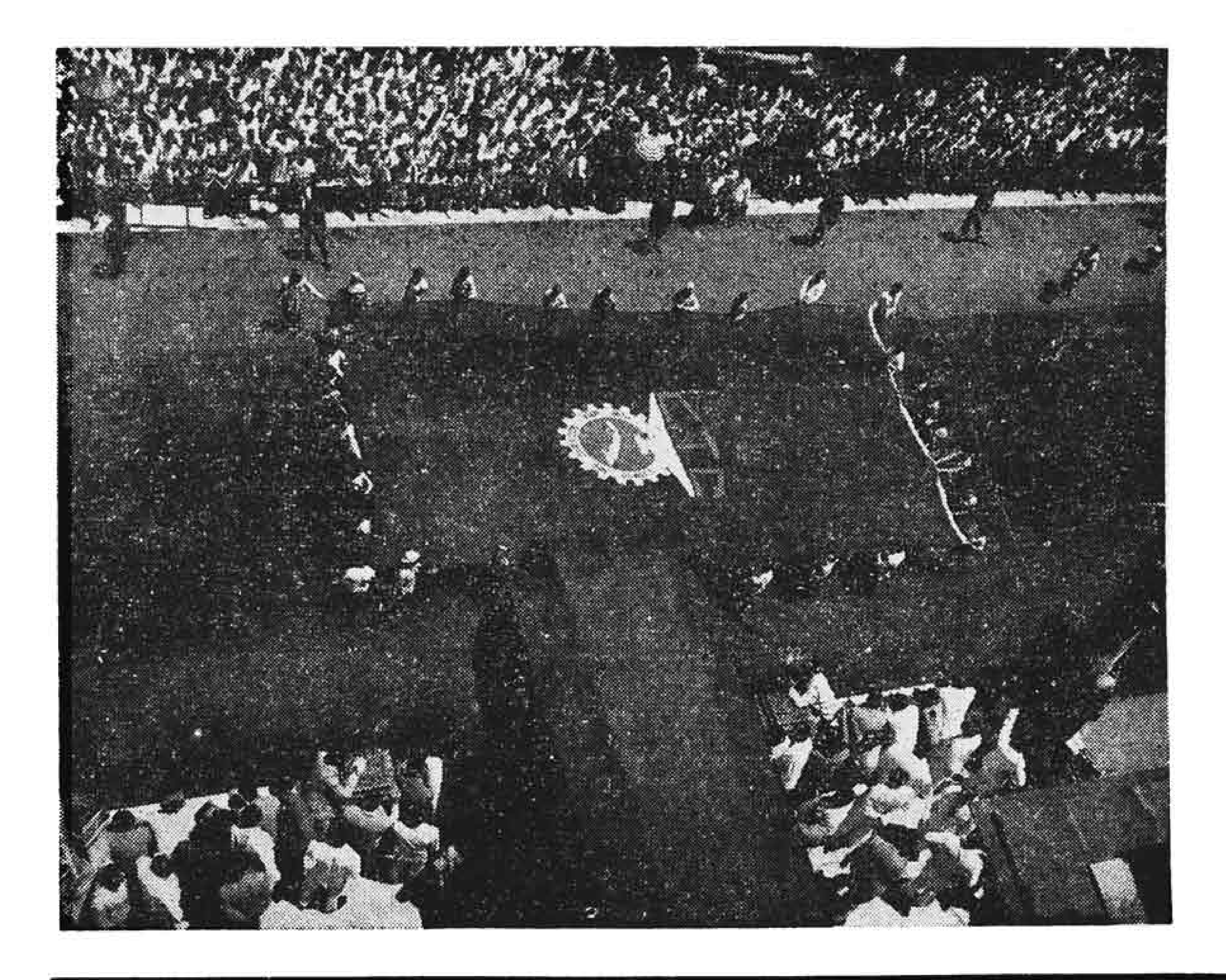
Para la dialéctica, lo posible no se espera de lo cumplido, —ni los valores de lo real—, ni el derecho del hecho. El devenir encierra estos diferentes aspectos; lo posible no es más que la tendencia profunda de lo real.

Por consiguiente, la poltica marxista es una política basada en el conocimiento. Las directivas de acción se basan en un análisis de las situaciones. Si éstas cambian será porque la situación, siempre en movimiento, ha cambiado.

Se trata entonces de una ciencia política, esta ciencia política que el pensamiento burgués había anunciado, presentido a veces —pero que, atascado en sus justificaciones y sus ilusiones ideológicas, no había podido alcanzar.

Quien dice ciencia política dice también y recíprocamente "política científica" es decir fundada sobre un método racional: el método dialéctico.

Trad. Virgilio Piñera.



Simone Weil es una de las figuras intelectuales más interesantes y complejas del pensamiento francés contemporáneo. Graduada de filosofía, discípula de Alain, Simone Weil desarrolló —hasta su muerte, acaecida al final de la Segunda Guerra Mundial— un pensamiento extremadamente original que se inspiraba en la filosofía oriental, la teología griega católica y el socialismo contemporáneo en su tendencia sindicalista principalmente. Los grandes problemas vitales e intelectuales de Simone Weil fueron siempre sus relaciones con la religión católica, de la que estuvo muy próxima sin decidirse a abrazarla totalmente, y la suerte de la clase obrera, que quiso compartir personalmente, trabajando en varias fábricas y también como obrera agrícola. Estuvo al lado de la clase obrera española durante la guerra civil. Después de su muerte se han publicado sus numerosos escritos inéditos, que constituyen uno de los testimonios más profundos e impresionantes de nuestra época.

LA CONDICION OBRERA

por Simone Weil

Los estudios concernientes a la clase obrera publicados anteriormente en diversos países, indican, cuando se les compara, la distancia que separa a hombres que llevan el mismo nombre de obreros. Aun así, ellas pecan gravemente de abstracción, porque de una profesión a otra, de una ciudad a otra, y del mismo modo de un rincón a otro de una misma fábrica, cuántas diferencias...! Con más razón de un país a otro. Todos los obreros trabajan sometidos a órdenes, sujetos a un salario. Es que sin embargo hay algo más que el nombre en común entre un obrero japonés o indochino y un obrero sueco a un obrero francés de después de junio de 1936? Digo yo de después de junio de 1936, porque al cursar de los sombríos años que han precedido, la condición material y moral de los obreros franceses tendía cruelmente a aproximarse a las peores formas del asalariado.

El examen de estas diferencias sugiere que ellas podrían sin duda ir más lejos todavía. Los hombres podrían ir más lejos en la miseria y en la esclavitud, más lejos en el bienestar y en la independencia, adonde no llegan los más desdichados o los menos desdichados obreros y aun llevar el nombre de obreros, el nombre de asalariados. Es a esto a lo que hay que prestar mayor atención. Algunos, que desprecian las reformas como una forma de acción cobarde y poco eficaz, reflexionarían que es mejor cambiar las cosas que las palabras, y que los grandes cambios cambian sobre todo las palabras. Otros, que odian las reformas por utópicas y peligrosas, se apercibirían de que ellos creen en fatalismos ilusorios, y que las lágrimas, el agotamiento, la desesperación, no son quizás tan indispensables al orden social como ellos se imaginan.

Sin embargo, es verdad que hay, en las formas más elevadas de la condición obrera, algo singularmente inestable. Ellas permiten poca seguridad. Alrededor de ellas el oleaje de la miseria general se agita como un mar que roe islotes. Los países donde los trabajadores son miserables ejercen con su sola existencia una presión perpetua sobre los países de progreso social para atenuar allí los progresos; y sin duda la presión inversa se ejerce también, pero aparentemente más debilmente porque la primera presión tiene por mecanismo el juego de los cambios económicos, y la segunda, el contagio social. Por lo demás, cuando el progreso social ha tomado la forma de un vuelco revolucionario, se trata de lo mismo, o más bien, el pueblo de un estado revolucionario parece ser, con respecto a este fenómeno, más vulnerable y más desarmado que ningún otro. Se encuentra en esto un obstáculo considerable para mejorar la suerte de los trabajadores. Muchos, equivocados por esperanzas embriagadoras, cometen el error de olvidarlo. Otros, movidos por esperanzas menos generosas, cometen el error de confundir este obstáculo con aquellos que los vinculan a la naturaleza de las cosas.

Este último error es mantenido por una cierta confusión de lenguaje. Actualmente se habla sin cesar de la producción. Para consumir es necesario, de entrada, producir, y para producir es necesario trabajar. He aquí lo que, desde junio de 1936, se escucha repetir por todas partes, desde el "Temps" hasta los órganos de la C. G. T., y lo que no se escucha negar en ninguna parte, sino por aquellos que desvarían hacia las formas modernas del mito del movimiento perpetuo. He ahí, en efecto, un obstáculo para el desenvolvimiento general del bienestar y para el tiempo de descanso que está vinculado a la naturaleza de las cosas. Pero por si solo, no es tan grande como de comunmente se le imagina. Porque sólo es necesario producir aquello que es necesario consumir. Todavía puede agregarse a esto lo útil y lo agradable, a condición de que se trate de verdadera utilidad y de placeres puros. A decir verdad, la justicia no se encuentra en el espectáculo de millares de hombres penando por procurar a algunos privilegiados delicados goces; y ¿qué decir de los trabajos que abruman a una multitud de desafortunados sin proporcionar a los privilegiados, grandes y pequeños, verdadera satisfacción? ¿Y cuánto de estos trabajos tienen su sitio en nuestra producción, si se sabe sacar la cuenta?

Sin embargo, tales trabajos son también necesarios, de una necesidad vinculada no a la naturaleza de las cosas, sino a las relaciones humanas. Inútiles para todos, son necesarios en cada lugar por el hecho de que se practican en todos los demás lugares. La diferenciación entre estos dos tipos de necesidad, la verdera y la falsa, no siempre es fácil. Pero para ello existe un criterio seguro. Hay productos cuya escasez en un país es tanto más grave cuanto ésta se extienda al resto del globo; para otros, la escasez presenta tantos menos inconvenientes cuanto ella es más general. De este modo, se puede distinguir superficialmente dos clases de trabajos.

Si la cosecha de trigo en Francia disminuyera a la mitad, a consecuencia de alguna catástrofe, los franceses deberían poner todas su esperanza en una super abundancia de trigo en Canadá o en otra parte; su angustia se tornaría irremediable si la recolecta hubiera al mismo tiempo disminuido a la mitad en el mundo entero. Al contrario, si el rendimiento de las fábricas de materiales de guerra francesas disminuye un buen día a la mitad, no resultaría de ello ningún perjuicio para Francia, con tal que una disminución pareja tuviera lugar en todas las fábricas de materiales de guerra en el mundo. El trigo de una parte, la producción de guerra de otra, constituyen los ejemplos perfectos para la diferenciación que se trata de ilustrar. Pero la mayor parte de los productos participan, en grados diferentes, de una categoría y de la otra. Ellos sirven, por una parte, para ser consumidos, y por otra parte, ya sea para la guerra, ya sea para esta lucha análoga a la guerra que se llama competencia. Si se pudiera trazar un esquema donde figurara la producción actual, el cual ilustrara esta división, se mediría exactamente, día por día, cuánto de sudor y lágrimas añaden los hombres a la maldición original.

Tomemos el ejemplo del automóvil. Dentro del actual estado de cambios, el automóvil es un instrumento de transporte que no podría ser suprimido sin graves desórdenes; pero la cantidad de automóviles que sale todos los días de las fábricas sobrepasa con mucho la cantidad por debajo de la cual esos desórdenes se producirían. Sin embargo, una disminución considerable en el rendimiento del trabajo dentro de esas fábricas tendría efectos desastrosos, porque los automóviles ingleses, italianos, americanos, más abundantes y menos caros, invadirían el mercado y provocarían la quiebra y el paro. Es que un automóvil no sirve solamente para rodar sobre un camino, él es también un arma en la guerra permanente que tienen entre ellas la producción francesa y la de otros países. Las barreras aduaneras, como es sabido, son medidas de defensa poco eficaces y peligrosas.

Imaginemos por un momento la se-

mana de treinta horas establecidas en todas las fábricas de automóviles del mundo, así como un ritmo de trabajo menos rápido. ¿Qué catástrofes resultarán de esto? Ningún hijo tendrá menos leche, ninguna familia tendrá más frío, e igualmente ningún patrón de fábrica de automoviles tendrá una vida menos desahogada. Las ciudades se tornarían menos ruidosas, las carreteras encontrarían algunas veces el beneficio del silencio; a decir verdad,, bajo tales condiciones, mucha gente se vería privada de ver desfilar los paisajes a cien kilómetros por hora. Por otra parte, millares y millares de obreros podrían al fin respirar, gozar del sol, moverse al ritmo de la respiración, hacer otros ademanes que los impuestos por órdenes. Todos estos hombres, que mueren, conocerían de la vida, antes de morir, otra cosa que la prisa vertiginosa de las horas de trabajo, la postración de los reposos demasiado breves, la miseria insondable de los días de paro y de los años de vejez. Es cierto que los expertos en estadísticas, contando los autos, encontrarían que se ha atrasado en la vía del progreso.

La rivalidad económica y militar existe hoy, y permanecerá como un hecho que no se puede eliminar más que componiendo idilios; no se trata de eliminar la competencia en este país, con mucha menos razón en el mundo. Lo que sí parece eminentemente deseable, es el añadir algunas reglas al juego de la competencia. La resistencia de la chapa al recortado o al ahuecado es aproximadamente la misma en todas las fábricas de mecánica del mundo; si se pudiera decir otro tanto de la resistencia obrera a la opresión, no desaparecería ninguno de los efectos afortunados de la competencia y cuántas dificultades se disiparían...!

Dentro del movimiento obrero, esta necesidad de extender al mundo entero las conquistas obreras de cada país socialmente avanzado, ha pasado, desde hace mucho tiempo a ser un lugar común. Después de la guerra, la lucha de tendencias se desarrollaba principalmente en torno a la cuestión de saber si era necesario tratar de asegurar esta extensión por medio de la Revolución Mundial o por medio de la Oficina Internacional del Trabajo. No sabemos lo que habría dado la Revolución Mundial, pero la O. I. T., hay que reconocerlo, no ha triunfado brillantemente.

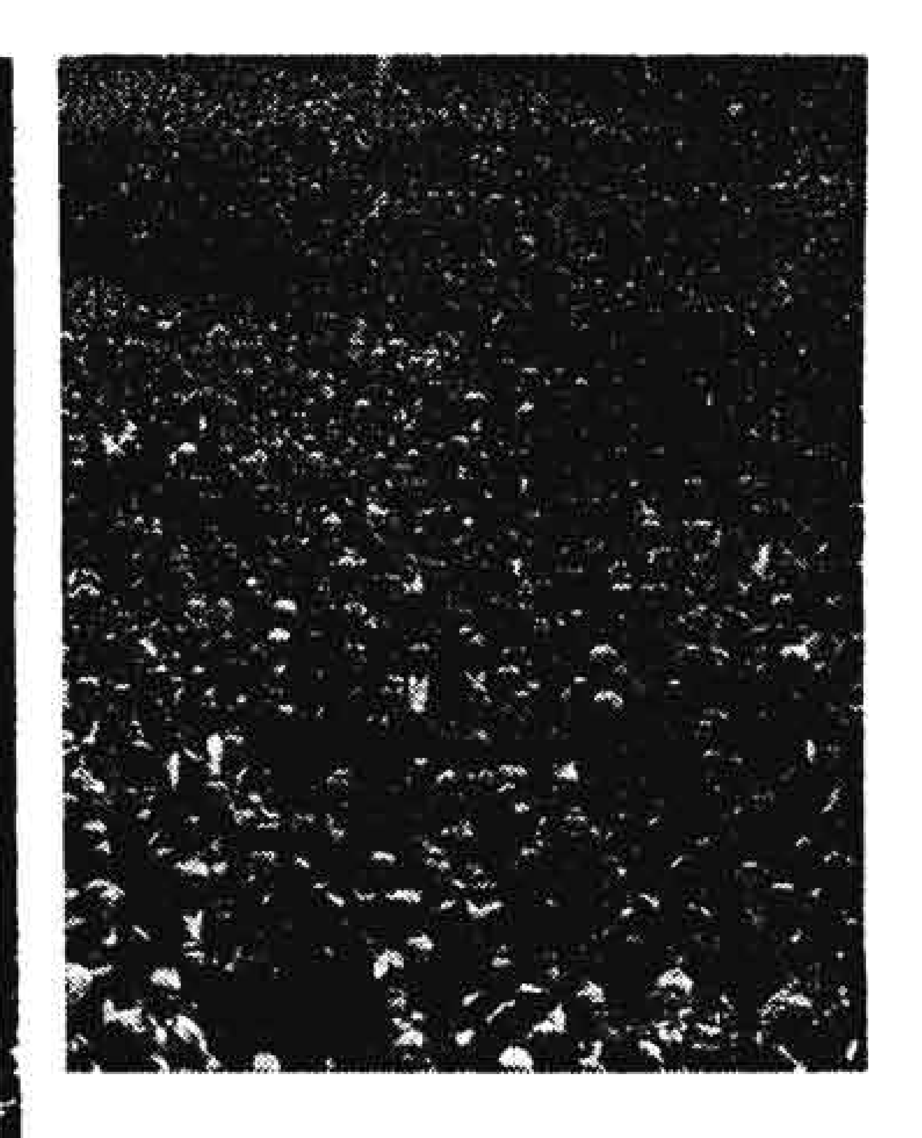
A primera vista, se podría suponer que cuando un país ha realizado progresos sociales que lo comprometen en la lucha económica, todas las clases sociales de ese país deben, aunque no sea más que por interés, unir sus esfuerzos para dar a las reformas alcanzadas la mayor extensión posible más allá de las fronteras. Sin embargo, no es así. Nuestros periódicos más respetables, generalmente considerados como los portavoces de la alta burguesía, repiten hasta la saciedad que la reforma de las cuarenta horas será admirable si se convierte en internacional, ruinosa si permanece solamente francesa; eso no ha impedido, salvo error, que algunos de nuestros representantes patronales en Ginebra votaran contra las cuarenta horas.

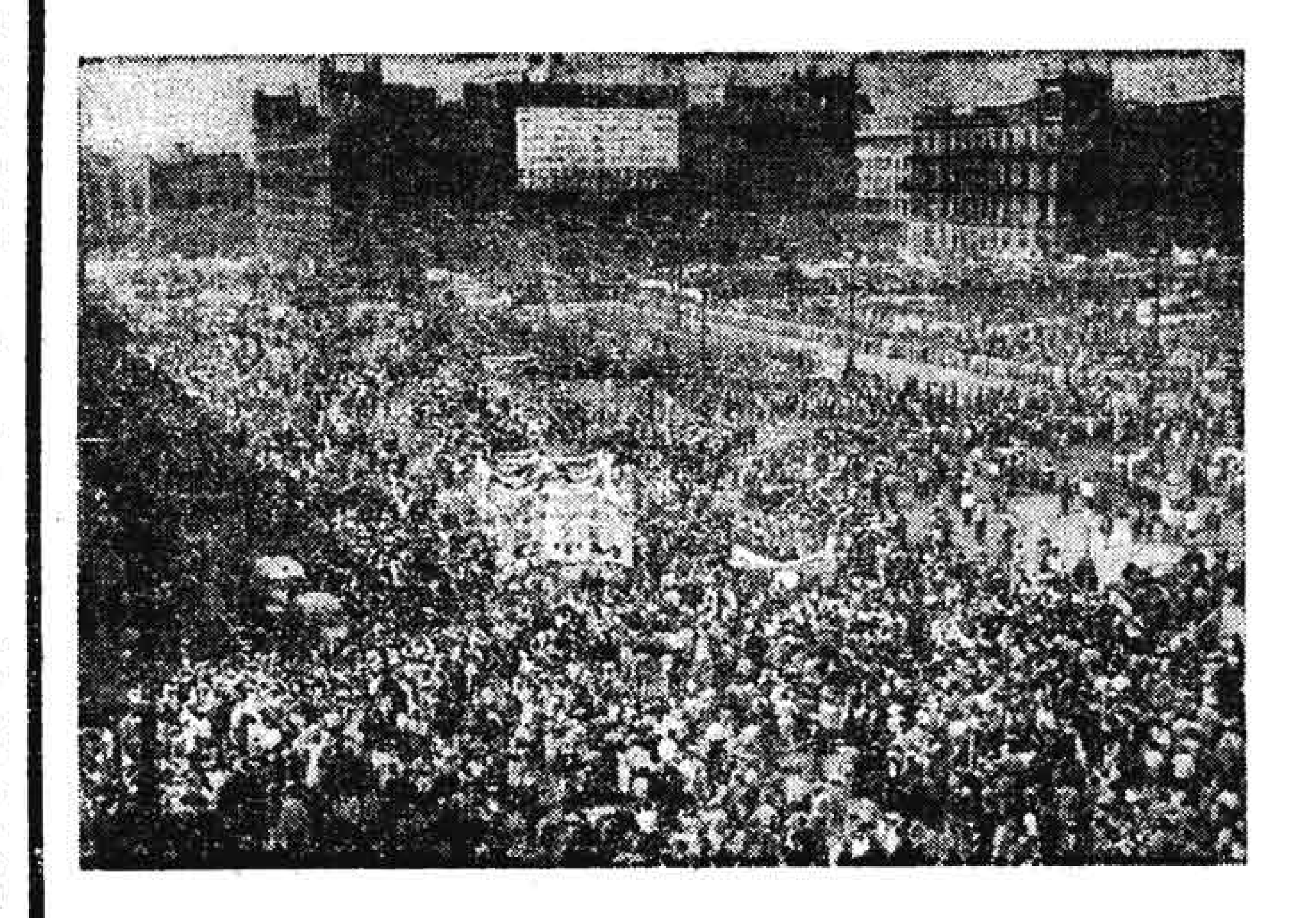
Tales cosas no tendrían lugar si los hombres sólo estuvieran movidos por el interés; pero al lado del interés está el orgullo. Es dulce tener inferiores; es penoso ver a los inferiores adquirir derechos, aun limitados, que establecen entre ellos y sus superiores, es cierto sentido, cierta igualdad. Se prefiere concederles las mismas ventajas, pero a título de favor; se preferiría mucho más, sobre todo, hablar de concedérselos. Si han adquirido por fin derechos, se prefiere que la presión económica del extranjero venga a minarlos, no sin perjuicios de todas clases, antes que obtener su extensión más allá de la frontera. La preocupación más urgente de muchos hombres situados más o menos alto en la escala social es la de mantener a sus inferiores "en su lugar". No sin razón, en fin de cuentas; porque si abandonan por una vez "su lugar", quién sabe hasta dónde llegarían?

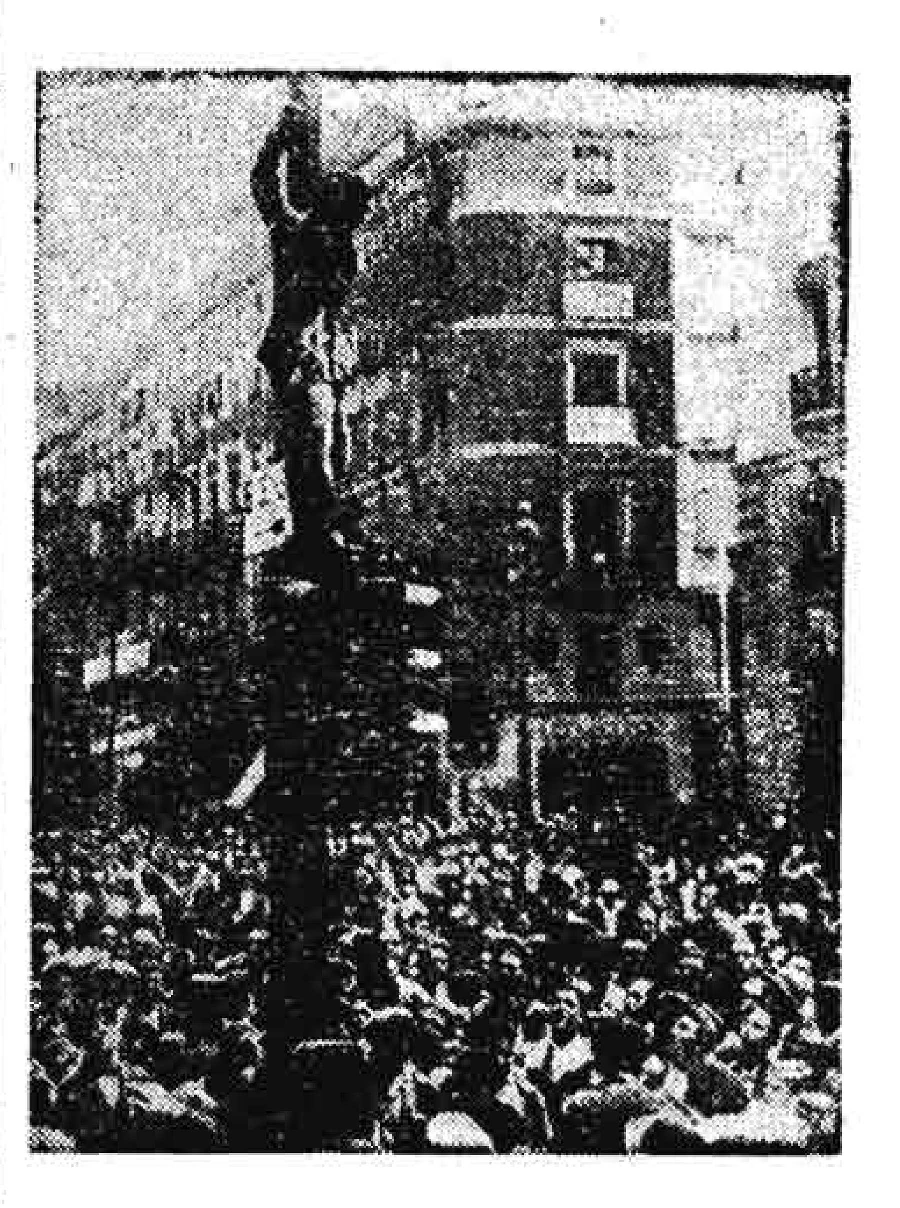
El internacionalismo obrero debería ser más eficaz; lamentablemente no se equivocaría mucho quien lo comparara con el asno de Rolando, que tenía todas las cualidades, menos la de existir. Aun la Internacional Socialista antes de la guerra era sobre todo una fachada, y la guerra lo ha mostrado bien. Con mayor razón no ha habido jamás en la Internacional Sindical, tan cruelmente mutilada hoy por los estados dictatoriales, ni acción concertada, ni siquiera contacto permanente entre los diferentes movimientos nacionales. Sin duda, en los grandes momentos, el entusismo desborda las fronteras; esto se ha podido constatar en ese mes épico de junio de 1936, y hemos visto la ocupación de fábricas no solamente ser ensayada en Bélgica, sino cruzar el océano y encontrar, en los Estados Unidos una extensión inesperada Sin duda, también se ha visto a veces una gran lucha obrera parcialmente alimentada por contribuciones venidas del extranjero. Sin embargo, no hay estrategia concertada, los estados mayores no unen sus armas y no realizan la unidad de sus reivindicaciones; se constata a menudo aún, una ignorancia sorprendente respecto de lo que pasa fuera del territorio nacional. El internacionalismo obrero es hasta ahora más verbal que práctico.

En cuanto al Gobierno, su acción sería decisiva en esta materia si actuara. Pues una cierta nivelación de las condiciones de existencia de los obreros de los diferentes países —nivelación por lo alto, por decirlo así— no puede ser concebido sino como un elemento de ese famoso arreglo general de los problemas económicos mundiales que todos reconocen como indispensables a la paz y la prosperidad, pero que no se aborda nunca. Recíprocamente, la acción obrera será, por una triste paradoja, y a pesar de las doctrinas internacionales, un obstáculo para la pacificación de las relaciones internacionales mientras nos dejemos vivir en la deplorable incuria actual. Es así que los obreros franceses temerán siempre ver penetrar en Francia a los trabajadores de los países superpoblados mientras que los extranjeros estén aquí legalmente rebajados a una situación de parias, privados de toda especie de derechos incapacitados para participar en la menor acción sindical sin arriesgarse a la lenta muerte de la miseria, expulsables a voluntad. El progreso social en un país tiene como consecuencia paradójica la tendencia a cerrar las fronteras a los productos y a los hombres. Si los países de dictadura se repliegan sobre si mismos por obsesión guerrera, y si los países más democráticos los imitan, no solo porque están contaminados por esta obsesión, sino también por el hecho mismo de los progresos alcanzados por ellos, qué podemos esperar?

Todas las consideraciones de orden nacional e internacional, económico y político, técnico y humanitario, se unen para aconsejar que se trate de hacer algo. Especialmente porque la reforma realizada en junio del 36 y que, según algunos, ponen nuestra economía en peligro, no son sino una pequeña parte de las reformas inmediatamente deseables. Pues Francia no es solamente una nación; es un Imperio; y una multitud de miserables nacidos para su desgracia, con la piel de un color diferente al nuestro, pusieron tan grandes esperanzas en el Gobierno de mayo del 36, que un tan largo aguardar, si desemboca en la decepción, puede conducirnos, cualquier día, a graves y sangrientas dificultades.







UN DIA del mes de enero antepasado, yendo hacia el aeropuerto de Madrid en el autobús que traslada los pasajeros desde la capital hasta el avión, un grupo de amigos escritores y yo tratábamos de ahondar un tema harto escabroso para los altos quilates de la sensibilidad de trastienda de "les grands seigneurs" del patio: se hablaba de los legionarios, de su calidad social, de todo cuanto les exige su condición de tales. Con la libertad de expresión que nos caracteriza y que el tema, por demás, exigía, uno de entre nosotros los calificó de macros. Pero he aquí que entonces, en medio de nuestras aprobaciones entusiastas, dos espigados sombreros de florecitas se levantaron furiosos en el asiento de delante acompañados de unas severas exclamaciones, de pronunciada estirpe;

—Qué horror, qué horror! hijita, no escuches...

—Sí, mamá, qué horror! lo que hay que escuchar en estos ómnibus...

—Cállate, hijita, no les contestes, no te mezcles a esos...

—Tienes razón mamá, qué vamos luego, la clase baja. Los mulos, los vivientes cadáveres, los deportistas de todos los récords de peso pesado, los obreros, los hombres de tasca, mal hablados, despojados de todas las virtudes (de todos los bienes), ajados, histéricos, a cuatro patas, sin más retorno a casa que sus entrañables ojos llenos de vino y sus "me cago en Dios", a cuatro patas el pueblo lamiéndose aún en la obscuridad sus heridas de 1936, vivos aún sus muertos y gobernándcles.

El que no trabaja no come: eso está muy bien; pero si el que trabaja no come eso ya no está bien. El obrero español trabaja de doce a veinte horas por día; el pago de la hora oscila entre 1 y 3 duros (éstos últimos ya privilegiados) lo que equivale a sueldos de $1.50 a $2.50 para los primeros, que por necesidad alcanzan a rendir las veinte horas, y de $3.60 para los segundos que, más beneficiados, se limitan a un rendimiento menos agotador.

Un pueblo que trabaja avanza, es to es justo; pero cuando un pueblo

Pregúntele usted a los hombres de las ciudades que **completan** su suel do en tres oficinas diferentes, o que luego de cumplir la jornada en la fábrica consumen las horas extras (imprescindibles para sobrevivir) de soldador en una herrería o de mecánico en un garaje o de maletero en una estación o de albañil a destajo en casa de un millonario que le ha esperado todo el día, pregúntele usted por qué no se rebelan de una vez, que se unan que todos unidos derrocarán al REGIMEN, y acabarán así con los abusos y serán libres, eso que uno no se explica, que aún no sean libres, los españoles, vamos, los españoles, tan grandes y fuertes... En medio del humo y el vocerío ronco de la tasca, mírelos usted empuñar el vaso tinto como si fuera un arma, apoyarse con abandono sobre el mostrador encharcado, fruncir el ceño y achicar los ojos al tiempo que le rodea el cuello con un brazo, para que les escuche bien para que usted lo sepa **a fondo** y se convenza de ello: "nosotros estamos capados, capados..."; luego llamará

Y todo esto real, ineludible, vivido como en un sueño, a lo largo de veinte años sosteniéndoles como un sueño, **y** aún hoy, ante el hecho de dos generaciones descompuestas (la generación de los grandes hombres perdida, la generación de la juventud **hecha al calor del horno**, desorientada, pobre de iniciativas, que comienza a perderse), aún hoy el Asedio, **presente en la agonía que persiste, asoma en la distancia y los domina como el acontecimiento incomprensible, aquello que** pudo no haber sido.

Es entonces que **el hombre español** habla de sus frentes **socialistas, de** su firme trote, de la claridad con que iban formándose. Y, emplazado más allá del obsesivo Asedio, es ahí, **en** esos frentes, donde él permanece, donde él realiza su verdadera lucha, donde él aguarda "el cambio, que vendrá de fuera", es ahí donde él **organiza sus** ideas, arcaicas en muchos puntos **por** el aislamiento en que se le mantiene, es ahí, en esos frentes **que cada vez** más él amplía (en los lugares más insospechados "se dejan sentir") donde

LA GRAN SOLEDAD DEL ESPAÑOL

por Nivaria Tejera

a esperar de esos... Gente del pueblo...

—Ya, ya... (y envolviéndome con una mirada despectiva) No ves la cara de verdurera que tiene ella?...

—Puff! Cambiémonos de asiento, mamá...

—Sí, hijita, es lo mejor... claro...

Y mientras se cambiaban de asiento, entredientes:

—La verdad es que debería de haber un autobús para la gente del pueblo... y otro para las personas...

Estupefactos (yo sin poder dar crédito a mis oidos, los amigos españoles indiferentes, pero visiblemente contraídos por tan inesperada embestida) todos nos miramos con una especie de pavorosa complicidad, complicidad de impotencia, de vacío, de humillación, de odio, pero al mismo tiempo de alegría. Impotencia, vacío, humillación y odio bien nutridos desde siempre, largamente contenidos, que saltan cada vez en su oportunidad para de nuevo contenerse, a engendrar fuerza, más concentrados aún, a engendrar fuerza para la gran acometida exterminadora. Y al mismo tiempo alegría en presencia de esta decadencia motriz que nos azuza, provocando, precipitando su caída en los contactos más fortuitos, recordándonos de este modo el quehacer por venir.

Todo en la clase alta española se reduce a esta labor desmoralizadora... ah!... y al socorro de los pobres por medio de su organización de la iglesia a través de virginales misterios de caridad que desembocan, por misterios y por virginales, en el vientre conservador de "los padres".

Y debajo de la clase alta, desde que trabaja no avanza sino que permanece rezagado en el gran movimiento universal de la lucha por la libertad, de la lucha por la independencia económica, de la lucha por el proceso material e ideológico, impidiéndosele los más simples derechos al amor, a la alegría, a la paz por la explotación continuada de su energía, de su tiempo irrecuperable, cuando éste sucede a un pueblo (ese pueblo español cargado de todas las fuerzas, de todos los colores, de todos los mitos, aun ahora **frondosamente** dormido), entonces hay que pensar que los hombres de ese pueblo están anulados, que andan a tientas, que se ha eliminado de ellos la capacidad, común en todos los hombres, de habitar su tiempo y cumplirlo. Y hay que pensar también en la gran soledad de ese pueblo **y en la vida** que se pierde para el mundo.

Pregúntele usted a uno de los tantos hombres envejecidos que atraviesan con paso y carga de camello las piedras de su aldea, entre las que ha nacido y crecido, día por día, cabizbajo, mascando sin **parar** la colilla apagada, pregúntele usted las razones que le impiden sublevarse contra el REGIMEN. El colocará **su** carga entre las piernas, levantará luego lentamente su rostro hermético, desconfiado, amargo pero cruzado por todas las dulzuras, y mirándole a los ojos fijamente le dirá con una voz apagada pero firme: "que aquí quien no lleve luto ,es porque no quiere". Después, sin más honores, emprenderá la marcha de antes por la empinada aldea y ya hasta confundirse a lo lejos con las piedras.

al Pepe a que le sirva a usted otro tinto por su cuenta y le cantará quejumbroso unas cuantas "soleaes".

Y a usted se le fijará para siempre el eco siniestro de estas frases (estos rezos) y esas figuras que se borran unas con el sol y otras con el vino, apiñados unos contra otros como un solo cuerpo débil. Y más tarde, como ninguna otra cosa, estos hombres opacos, ajenos a usted y al mundo "por obra de Franco y de Dios", ellos, desde la inutilidad en que les han sumido los años y el aislamiento, le darán el verdadero sentido a esa España **sin hombres** que usted no puede entender.

El tema para estas páginas es el obrero. Pero imposible hablar de obrero español sin mencionar a cada instante el hombre. De un modo patético, como ningún otro conglomerado humano, el pueblo español (y entendamos aquí por pueblo lo que **ya** entendemos por pueblo) ha ejemplarizado esta sustanciación del hombre y su lucha por sobrevivir, del hombre y su desintegración provocada no por un natural proceso histórico sino, precisamente, por interrupción de ese proceso. El ASEDIO llaman ellos a su guerra civil. Toda su vida contemporánea acontece por referencia a este suceso, **"antes y después del Asedio.** Antes, el intelectual, el republicano, el hombre entre los días y los días, su pequeña vida apegada a la tierra y cada uno al servicio de los otros. Después, el quebrantamiento, el exilio, el desconcierto, el hambre; desde entonces, como custodia, la pérdida de la razón, la soledad, la muerte, más allá de donde las bayonetas de "los cuervos" pueden registrar.

él conserva vivos sus **viejos ideales de** PUEBLO, marchando, sin saberlo **él,** paralelamente a los grandiosos movimientos de su siglo de donde se le ha excluído. A pesar del endormecimiento de los deportes, a pesar de la trampa de liberación que le tienden con el prolongado espectáculo taurino, a pesar de la sombría libertad de las tascas, a lo que se reduce la vida nacional y por donde él escapa sus energías subversivas y reposa.

EL pueblo español nos lega en ese cada día que comienza a laborar desde temprano hasta muy tarde en el vacío, nos lega el testamento más inocente y específico del absurdo. Su infinito humor negro nos lo vuelve asimilable y hasta familiar en la imágen cristiana de la castración. Ninguna imágen física más justa representaría el quehacer moral de la dictadura.



Pero ese pueblo, vejado, silencioso, huidizo, respira hacia dentro. En las innumerables horas de trabajo él piensa, mientras el sudor le refresca, el hambre lo endurece y las máquinas lo sacuden. Y la madurez no puede producirse ajena a esta resignación suya, sin paralelos. Su inercia aparente, desconsoladora para el visitante, encubre, de cierto, instrumentos reparadores.

Frente a España, dictadura ejemplar, está ese pueblo, inmóvil, que aún no ha gobernado. Símbolo de nuestro siglo, él mantiene en reserva dentro de él la monstruosa herramienta del hombre oprimido que un día, el más inesperado, acabará por empuñar.

Un día que todos esperamos.

nivaria tejera,
la habana, 23 de abril, 1959.

LA CLASE OBRERA EN EL TEATRO

por Rine R. Leal

La aparición de la clase obrera en el teatro es un fenómeno totalmente moderno, de la misma manera que el proletariado como tal sólo posee una conciencia propia de apenas un siglo de historia. No es que en momentos anteriores del desarrollo del pensamiento dramático, el obrero como individuo no haya ocupado su lugar en el escenario: se trata simplemente de que el obrero como siempre definido de una clase social, con sus conflictos y sus problemas, es un fenómeno contemporáneo y por lo tanto sólo advertible en el teatro moderno.

Al proyectar su presencia en el teatro, la clase obrera ha llevado al mismo su propia realidad ideológica. Al no poseer el poder en los países occidentales, su teoría dramática se reduce a la lucha de clases, a las huelgas, a la explotación capitalista, a las relaciones proletarias-burguesas, a la situación de la mujer en la sociedad, al maquinismo, a la lucha antibélica, a toda una serie de temas prefijados. Porque en definitiva, la clase obrera carece aún de un sistema de ideas, de un sentimiento definido, de una manera peculiar de enfocar sus propios problemas "desde adentro" como clase independiente, distanciada de las otras, de manera contraria a la burguesía que tras la Revolución francesa pudo tranquilamente dedicarse a construir su propio teatro que alcanzaría la madurez en los trabajos de Ibsen, totalmente despreocupada de la lucha contra la aristocracia que marcó sus primeros pasos artísticos.

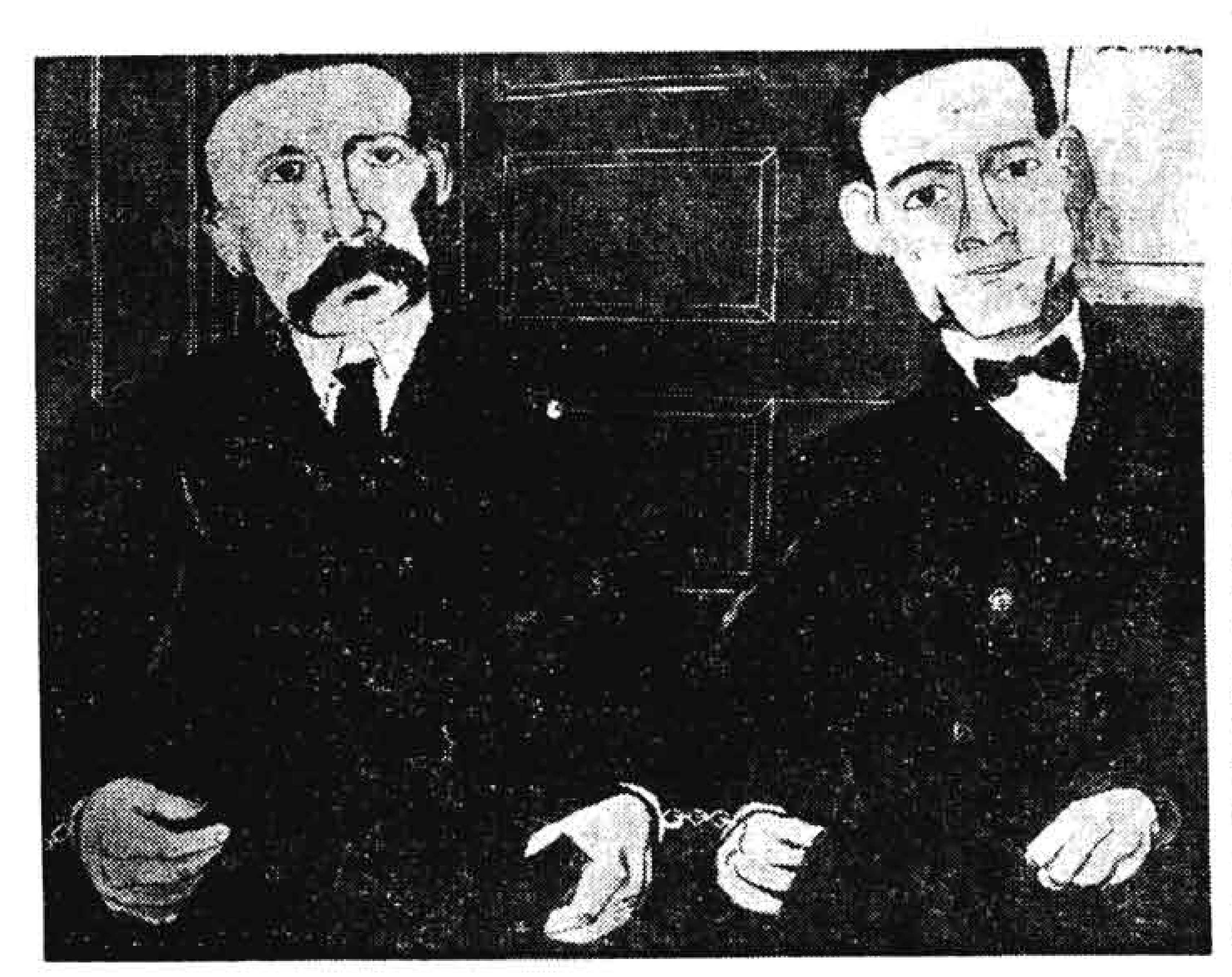
Por eso, el estudio de la participación de la clase obrera en el teatro, no es más que el análisis en última instancia de los intentos revolucionarios de la misma para injertarse en la mecánica dramática y crear al mismo tiempo sus propias leyes estéticas, diferenciadas por completo de las que enmarcan y definen el drama burgués y su forma de "teatro cerrado" como mejor forma para la exposición de los conflictos familiares, que es el germen del teatro de la clase media (ver "Lunes de REVOLUCION" de abril 6, "Bases para un Teatro Revolucionario"). Al no haber cuajado socialmente en clase dirigente (por lo menos en los grandes países occidentales) la clase obrera carece del instrumento formal para crear su propia expresión escénica y salvo muy contados ejemplos (Piscator, Brecht, Odets, Arent entre los primeros) la expresión clasista proletaria se ha deslizado sobre los moldes del drama anterior, creando por lo menos en un plano teórico una discrepancia entre el fondo y la forma ,entre la materia y el estilo. Pero no hay que olvidar que estos análisis técnicos están en definitiva sujetos al desarrollo histórico del obrero como clase, no como individuo.

Pero antes un poco de historia...

Nada de Obreros.

Es imposible toparnos con un obrero en la trágedia griega por la sencilla razón de que los mismos no existían como tales, sino como esclavos, que entregaban su fuerza de trabajo no a cambio de un salario sino de por vida. Por otra parte, la tan falsa democracia ateniense no llega al teatro y éste se limita sólo a contar las peripecias de un grupo de familias (no más de cincuenta héroes) pertenecientes a la élite de gobierno. Los esclavos no forman parte de la tragedia, no tienen categoría según Aristóteles para ser caracteres, no participan del banquete del arte. Aun el coro, donde los ciudadanos comentan la acción y establecen el punto de vista de la polis, no es parte funcional de la tragedia, se encuentra situada fuera del escenario en la orquesta y no disfruta como elemento integrante del conflicto: en pocas palabras, el coro no es **agonista.** Habría que esperar a la comedia latina para toparnos en Plauto y Terencio con los esclavos, pero no como elemento social sino totalmente personal e individual: si los señores de la comedia latina tienen un punto de referencia social, los esclavos son meros individuos, sin grupo al que pertenecer y sin posibilidades de expresar sus intereses. Tanto Atenas como Roma fueron aristócratas en su teatro. El pueblo era simple espectador, no accionista.





Hacia la Revolución.

Esto poco se modifica en la Edad Media con el drama católico. Aunque hay una participación creciente de los elementos profanos en los personajes del mismo, la idea central (la expresión de un dogma religioso, la reunificación con Dios, la integración en un todo colectivo de base católica) no permite que los protoburgueses de las ciudades, los siervos de la gleba, el comercio incipiente, los señores de la moneda, tengan una expresión como tales en los autos sacramentales y el teatro en la Edad Media no expresa relaciones sociales más que en función de Dios y su séquito.

Todo esto es heredado por el teatro isabelino y el español. Shakespeare está demasiado interesado en las personalidades individuales para expresar conflictos sociales, o en cantar las glorias militares del Imperio, para abandonar a su Hamlet o su Enrique V. Y sin embargo, hay en esta última crónica histórica, un monólogo del buen Henry que es ya un presagio de democracia social (Acto IV, escena I: **"Y ¿qué poseen los reyes que no posean también los simples particulares, si no es el ceremonial, el perpetuo ceremonial?..**) y Lope de Vega recoge en "Fuente Ovejuna" todo una semilla incipiente del drama colectivo. Pero aún la clase obrera no existe económicamente y por lo tanto, tampoco teatralmente.

El drama clasicista es una pirámide estratificada, donde los personajes pertenecen a los tres primeros estratos (Rey, cortesanos y aristocracia y el estado llano está tan lejos de Racine como del Louvre. Por eso, al destruir hasta sus raíces la forma y el fondo de la tragedia francesa, el Romanticismo va a servir de antecedente al drama combativo de la sociedad, va a ser un puente hacia el realismo donde por primera vez los obreros comienzan a apuntar una acción dramática. Estamos casi a mediados de siglo y 1848, la Comuna y los Congresos socialistas están en el horizonte. La 1a. Internacional va a significar la existencia de la clase proletaria como un todo mundial y el teatro está ahí, para a través del drama colectivo y social, plasmar por primera vez al obrero no como un simple carácter, sino como parte minúscula pero activamente integrante de un movimiento internacional, con sus problemas, conflictos y propósitos comunes. El momento está maduro para la entrada de la clase obrera en el teatro moderno, por la misma razón de que los obreros están ya maduros para lanzarse a la lucha de clases.

El Personaje Colectivo.

Por lo pronto la aparición de una nueva clase social en la escena, plantea el problema del personaje: nada de individuos, de personalidades en lucha contra la sociedad ("Los Bandidos" de Schiller por ejemplo) nada de conflictos particulares. "Los Tejedores" del alemán Hauptmann, promete desde 1892 una nueva dirección dramática, el estudio de una huelga de trabajadores de la Silesia en los años de 1840, y la ofrece con más de 40 actores en la escena, es decir, por medio del personaje colectivo. Casi medio siglo después, Clifford Odets tomaría como tema una huelga de taxistas de Nueva York y crearía otro personaje colectivo, la clase obrera vista a través de multitud de facetas personales, que en el momento final se funden en una imagen total ante la noticia de la muerte del Zurdo y el llamamiento a la huelga.

Ya entonces nada ni nadie puede detener la presencia proletaria en el teatro contemporáneo y tras la sacudida de la 1a. Guerra Mundial, Alemania se llena de tales piezas: Kaiser y Toller son sus profetas, pero ambos tienen en común la

escritura a través del expresionismo, porque precisamente tal estilo al destruir los principios del drama realista moderno (esencialmente de clase media) lleva en sí la posibilidad del drama revolucionario, es decir, la plena existencia de la clase obrera como tal. Y además, estos autores insisten en la lucha contra el maquinismo, porque la máquina es (confusamente) para ellos la fuente de sus desdichas y no los señores que son propietarios de esos aparatos. "Gas", y "Los Destructores de Máquina" son los dos mejores ejemplos del caso, que llegan a tener su sátira social en "RUR" de Karel Capek. El ejemplo es ligeramente imitado en los Estados Unidos en la década del 20 con "La Máquina de Sumar" y "Escena Callepera" ambas de Elmer Rice, la primera excelente en sus cuatro primeras escenas y la segunda, magnífica en la presencia de la ciudad y uno de sus barrios pobres como un ominoso personaje colectivo.

Ya para entonces el teatro está ganado por la clase obrera. O-Neill siente (con su característica confusión ideológica) el problema en "El Mono Velludo" curiosamente en forma expresionista; Maxwell Ánderson se electriza de sana indignación ante la ejecución de Sacco y Vanzetti y surge toda una pléyade de nuevos autores en la década de teatro social americano de los años 30 con Sklar, Peters, Maltz, Wexley y los nuevos grupos apadrinados por sindicatos y uniones obreras. Ya el proletariado no es sólo personaje, sino al mismo tiempo empresario, es decir, propietario de locales teatrales. Ya la URSS ha dado el paso decisivo cuando Lenin nacionaliza todos los teatros del país y los pone en manos de los grupos obreros y éstos reparten las entradas gratuitamente para ir creando un nuevo público que a su vez reflejen sus problemas proletarios en la escena.

Pero la estética oficial, el "teatro dirigido", el "Realismo socialista", la censura estatal y Zhdanov terminan por matar en sus inicios la aparición en Rusia de un teatro obrero, para sustituirlo por una infame exposición de los planes quinquenales y el retrato de Stalin en el fondo. Partiendo de la falsedad dialéctica de que en la Unión Soviética la clase obrera carece de conflictos porque es el poder y no hay otras clases económicas, el "Realismo socialista" elimina de la escena a la clase obrera como personaje y al mismo tiempo la pone a cantar loas a los gobernantes. El resultado final es que el teatro proletario se frustra en Rusia, al igual que sus experimentos formales de los primeros años.

Piscator ha salido huyendo de Alemania tras Hitler y en los Estados Unidos es muy poco lo que puede hacer; Brecht va al exilio también y allí completa su teoría escénica y se intelectualiza más aun finalizando con "parábolas teatrales"; el Teatro Federal es clausurado en sus fondos económicos por el Congreso de la Unión Americana en 1939; Odets deja a los obreros por la decadencia de la clase media y finalmente por su propia decadencia en Hollywood: los autores más rebeldes o son eliminados del escenario subrepticiamente o se injertan en el teatro comercial; España desde el 36 está en una noche oscura; Francia e Italia padecen la guerra y finalmente la clase obrera en América Latina carece de fuerza suficiente para trasladarse al teatro, en parte, porque en nuestros países no existe un verdadero teatro nacional. Poco más de un siglo después de la aparición del personaje obrero en la escena, la clase proletaria no ha encontrado su lugar en el teatro. Pero no hay que desesperar: su destino artístico está ligado a su desarrollo económico.

DIOSES DEL ALBA

"Dioses del Alba" es el más serio intento de Anderson como dramaturgo social. La obra en tres actos se inspira en el asesinato judicial de los líderes anarquistas Sacco y Vanzetti, ajusticiados en 1927 por un delito que en realidad no habían cometido. La pieza no es en ningún momento un drama proletario, sino la protesta airada de un hombre lo suficientemente honesto como para no temblar al ser una voz en el desierto. "Dioses del Alba" por otro lado tiene un confuso planteamiento ideológico, no se inclina a la derecha o la izquierda y no ve más allá de las figuras individuales de los líderes obreros Sacco y Vanzetti. Pero la valentía de sus juicios escritos en medio de una profunda reacción, la simpatía que siente por los de abajo y el tono general de ciertos momentos de la obra, le confieren la importancia de una denuncia social y un paso inicial en la creación de un teatro obrero. El discurso que aquí reproducimos, (escena 3, final, del segundo acto) es una excelente muestra de lo anterior.

por Maxwell Anderson y Harold Hickerson



Secretario: Dante Capraro, ¿tiene usted algo que decir para evitar que la sentencia de muerte le sea impuesta?

Capraro (Vanzetti): Lo que tengo que decir es que soy inocente, no sólo de este crimen, sino de todos los crímenes. He trabajado, he trabajado duramente, y aquéllos que conocen estas dos manos dirán que ellas nunca han necesitado matar para ganar el pan. He ganado por mi trabajo lo que he querido para vivir y he rehusado ser miembro de cualquier otra clase, excepto la clase obrera, aun cuando hubiera podido serlo, porque entrar en el mundo de los negocios es ganar beneficios, ser un parásito, coger lo que no se merece, y eso yo no puedo hacerlo. Toda mi vida he trabajado contra el crimen, contra el asesinato de la guerra, contra la opresión del pobre, contra el gran crimen que es el gobierno. No me condene, Juez Vail. Ha durado todo mucho y he sufrido mucho para estar rencoroso. Sé que ha sido para nosotros un juez injusto, que nos ha tenido miedo y por eso nos ha odiado... que usted ha deseado nuestras muertes y se ha valido de su ventaja para matarnos. Nos ha ayudado en las pequeñas cosas para de ese modo poder juzgar tranquilamente contra nosotros al final. Pero usted es un hombre viejo y más lleno de problemas que nosotros, aun a pesar de nuestra estancia en la cárcel; y usted también morirá algún día, aun si nos mata primero. Por eso le repito, no haga tal cosa, no nos condene y no porque el mundo nos mira y sabe que usted comete un error, sino porque si usted lo hace, probará que yo he estado en lo cierto todo el tiempo. Si usted nos mata en ésta, un tiempo, ciudad libre, en éste, un tiempo, país libre, nos mata no por error sino sólo por pasión o prejuicio o avaricia y entonces no hay respuesta para mí, no hay respuesta para el anarquista que dice que el poder del Estado es un poder de corrupción y en mi silencio, lo silenciaré a usted.

Juez Vail: Bajo la Ley, el jurado dice si el acusado es culpable o inocente. La Corte nada tiene que ver con la decisión. Es considerado y ordenado por la Corte que usted. James Macready, (Sacco) y usted, Dante Capraro...

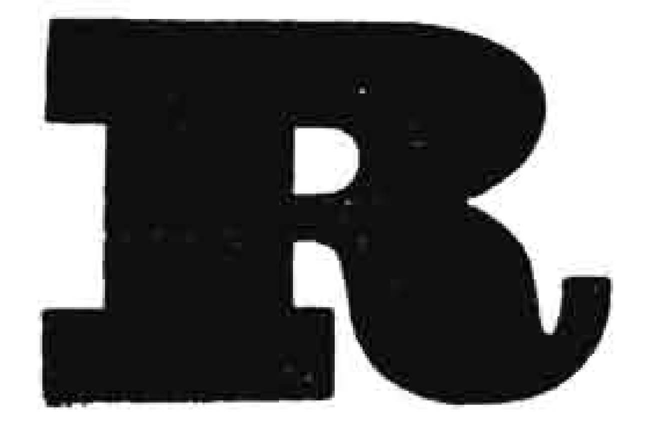
Capraro: ¡Soy inocente!

Mac: ¡Usted sabe que es inocente! ¡No puede escucharle sin saberlo!

Capraro: Un momento, Señor... quiero hablar con Gluckstein, (mi abogado).

Gluckstein: Es demasiado tarde, Capraro.

Juez Vail: Creo que dictaré sentencia. Que usted, James Macready y usted, Dante Capraro, sufran la pena de muerte por el cruce de una corriente eléctrica a través de vuestros cuerpos, en la semana que comienza el lunes diez de agosto, en el año de Nuestro Señor, de mil novecientos veintisiete. Esta es la setencia de la Ley.



Fotos de Ernesto







SERVANDO CABRERA

Los cuadros De Servando Cabrera que hoy presentamos pertenecen a su primera etapa pictórica: la realista. El tema de ellos —obreros cubanos— hacen de ellos material obligado en nuestro número del primero de Mayo. Y no solo eso: DENTRO DE LA CORRIENTE REALISTA, sus cuadros nos parecen lo mejor que se ha hecho en Cuba en los últimos años.



Nació en la Habana, y cursó sus estudios en la Academia "San Alejandro", en esta ciudad, de donde es graduado. Más tarde amplió sus estudios en The Art Students League de New York y a través de viajes por Estados Unidos, México, Guatemala y Europa. En España hace seis años estuvo conectado con artistas como Tapies, Saura y Oteiza, que a su vez dirigian el arte español contemporáneo hacia una nueva dirección plástica. A fines de 1952, la Galería "Clan" de Madrid, organiza una exposición personal de sus obras, que repite después en Zaragoza (Galería "Libros") y Barcelona (Galería "Caralt"). Dos años más tarde en Paris se presenta en la Galería "La Roue", con obras ejecutadas durante su estancia en la capital francesa. A fines de 1954, realiza una colección de dibujos realistas en España, que continúa a su llegada a Cuba, por unos meses. A esta época pertenecen los dibujos del Mégano y los Niños de Trinidad, así como el único óleo "Los Carboneros del Mégano". A su regreso a Europa, vive en Italia, y además visita Grecia, Portugal, Holanda, Dinamarca, Bélgica, Alemania, Suecia, Suiza, Inglaterra, así como Africa del Norte.

Servando Cabrera Moreno. ha presentado numerosas exposiciones en la Habana desde 1943, y ha colaborado a varias colectivas en Cuba, Estados Unidos, Francia, Venezuela y España. Sus cuadros han figurado en la selección cubana de los envios a la 26 Bienal de Venecia y 4 Bienal de Sao Paulo, Brasil, así como el envío libre, no oficial, a la Primera Bienal de México. Sus últimas exposiciones personales han sido en La Habana (Lyceum, 1958) y Unión Panamericana de Washington, E.U. 1959.